

REARME

Nº 3

Agosto 1978

Coyuntura:

Entre el Terror y el Consenso

Economía:

¿Hacia un Nuevo Modelo de Dependencia?

REALIDAD Y PERSPECTIVAS DE LA
CLASE OBRERA ARGENTINA

Bolivia:

Los Límites de la "Democracia Viable"

Brasil:

El Nuevo Ascenso del Movimiento Obrero

Nicaragua:

Operativo del F.S.L.N.

El Término de Unidad Política de la Clase
Obrera Argentina Hoy

A propósito de la (s) Ideología (s)

INDICE

Editorial	pág. 1
Coyuntura:	
Entre el terror y el Consenso	pág. 3
Economía:	
¿Hacia un nuevo modelo de dependencia	pág. 9
Realidad y perspectivas de la clase obrera Argentina	pág. 21
Bolivia:	
Los límites de la "democracia viable"	pág. 29
El nuevo ascenso del movimiento obrero en Brasil	pág. 33
Nicaragua:	
Operativo del F.S.L.N.	pág. 37
El término de unidad política de la clase obrera argentina	pág. 39
A propósito de la(s) ideología(s)	pág. 69

EDITORIAL

La tardanza en salir este tercer número de REARME obedeció a la necesidad de analizar el nuevo "esquema de poder" de la dictadura militar argentina. Hubo que esperar el pasado 2 de agosto para conocer dicho esquema y comprobar lo que ya suponíamos: que agrega muy poco a la situación. En realidad la dictadura, proclamando a Videla Presidente por un segundo período, no ha resuelto otra cosa que sobrellevarse. Aunque casi imperceptiblemente existen marchas y contramarchas. Una de ellas es la reafirmación del autoritarismo luego de recientes declamaciones aperturistas —el golpe en Bolivia puede haber sido el estímulo para esta diminuta regresión—; otra las vacilaciones respecto a la burocracia sindical. Sobre estos temas tratan sendos artículos del presente número.

Pero pese a la imagen hierática que pretende dar la dictadura, la realidad sigue moviéndose. La recesión económica parece haber llegado a su punto máximo y exigir ciertas correcciones y una flexibilización que, sin embargo, Martínez de Hoz se resiste a encarar por temor al "recalentamiento" de la inflación. La dictadura parece presa entre dos necesidades opuestas: la de dar el golpe mortal a la estructura productiva nacional, y a su vez, la de ofrecer una perspectiva política que permita controlar la situación social. Estos "tiempos" económico y político en vez de sucederse armónicamente, empiezan a superponerse y reaccionar uno sobre otro, forzando la toma de decisiones políticas cuando aún no se ha consumado el "reordenamiento" económico básico. De este desfasaje se ocupa el artículo de la sección Economía, estudiándolo dentro de la situación de crisis generalizada del capitalismo (que, presuntamente, estaría en uno de los ciclos prolongados de Kondratiev), y del ajuste radical de la dependencia que impone la nueva división inter-

El Topo Blindado

nacional del trabajo, hoy en disputa a nivel internacional.

Otro aspecto del movimiento de la realidad es, sin duda, la huelga portuaria y la situación del campo laboral. También el presente número de REARME se ocupa de la cuestión en el artículo de uno de nuestros colaboradores. Asimismo, hemos podido incrementar la participación de otros núcleos latinoamericanos, aproximándonos un poco más al objetivo de unidad crítica de los revolucionarios socialistas de distinta procedencia.

Finalmente la sección teórica incluye un análisis del término de unidad política de la clase obrera argentina en la coyuntura actual. De esta manera intentamos, seguramente con debilidades, arriesgar algunas respuestas a los interrogantes que hoy acucian a todos los que luchamos por la revolución socialista.

Comite de Redacción.
agosto 1978.

Coyuntura: Entre el Terror y el Consenso

Lo primero que surge de la lectura del nuevo "esquema de poder" es su inocuidad política. Se reduce a establecer las relaciones entre el Presidente y la Junta Militar: a señalar las vías de procesamiento de las contradicciones en el seno de las FFAA. El modelo parece ser el de la división de poderes entre el Ejecutivo y el Legislativo (aunque la Junta tiene atribuciones más amplias que el Congreso en cuanto a las relaciones internacionales). La única innovación consiste en la creación de dos órganos "profesionales": el Comité Militar integrado por el Presidente y los Comandantes, y el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas conducido por los Jefes de Estado Mayor de las respectivas armas, de carácter permanente y con mando sobre la tropa — dos características que no tiene el Estado Mayor Conjunto—. Por lo visto se trata, exclusivamente, de enlazar de manera orgánica al Presidente con la Junta y con las Fuerzas. Esto es lo que determina la índole administrativa del "esquema", mientras en lo político se reiteran los conceptos conocidos: 1) no se trata de un cambio sino de la continuación de la etapa de

Reordenamiento en cumplimiento de los objetivos declarados el 24 de marzo de 1976; 2) la intención de estructurar una democracia pluralista y fuerte en un futuro no determinado; 3) la insinuación de que el proceso hacia esa democracia pasará por la incorporación gradual de civiles al gobierno —a nivel de Ministerios o Municipalidades—, en la perspectiva de una confluencia cívico-militar, pero que eso de ninguna manera "supone vertebrar un calendario electoral, ni pactos políticos, ni acuerdos expresos o sectoriales" (Videla). Mientras tanto el régimen se aferra a la lucha contra la subversión como el más importante de los factores aglutinantes del bloque militar. De ahí la insistencia en afirmar que la subversión está derrotada "pero no aniquilada", que hay que ocuparse de los "ideólogos infiltrados" en todos los niveles, y que su liquidación definitiva sigue siendo el objetivo fundamental de la dictadura. En todo esto hay poco material para extraer conclusiones acerca del plan político del régimen: ¿será que todavía no lo tiene?



Los conflictos internos de la dictadura

A simple vista el régimen parece hoy más monolítico y homogéneo que hace unos meses. Massera despidió a Videla de la Junta con lágrimas en los ojos; Viola, que ocupa la Comandancia dejada vacante por el Presidente, es un hombre de Videla y además "democrático". Toda la escena está montada para marcar la continuidad más imperturbable para dar la impresión de estabilidad y consolidación. Pero de inmediato surge la pregunta acerca de los intereses que representa la Junta Militar, en la medida en que resulta ser el verdadero órgano de Poder. Al fin y al cabo la perspectiva futura del régimen dependerá de la unidad y coherencia de los sectores sociales que lo sustentan más que del "espíritu de cuerpo" de sus personeros.

Respecto a esta cuestión surgen dos aspectos que hacen al carácter de la dictadura militar, y a su vez condicionan su propia estabilización: 1) la relativa independencia que guarda el poder militar respecto de los intereses hegemónicos dentro del bloque en el poder, es decir, los de la granburguesía y el imperialismo; 2) la necesidad que tiene el poder militar de configurar una base de sustento social, el consenso ideológico indispensable para proyectar cualquier programa político de aliento.

En primer lugar es necesario mati-

zar la visión simplista de la Junta Militar como el órgano por el que la granburguesía ejerce, de manera directa e inmediata, el Poder del Estado. Esto no es cierto en la medida en que el régimen actual surgió de una situación de crisis aguda, en medio del equilibrio catastrófico entre burguesía y masas populares. Por otro lado, no sólo la burguesía interior sino la granburguesía, carecen de la capacidad para asumir directamente el poder político. El papel de mediador y representante que ejercen las FFAA respecto del gran capital y el imperialismo norteamericano, nos está señalando también su relativa autonomía. Incluso los conflictos de poder existentes en el propio gobierno de los EEUU, y que hoy se patentiza en las contradicciones entre el Presidente y el Senado —consecuencia de la descomposición del Estado que estalla con Watergate—, abren cierto margen de maniobra política a la dictadura. Las vacilaciones norteamericanas respecto a la situación de Nicaragua, la contradicción flagrante entre el juicio de los asesinos de Letelier y el apoyo al golpe en Bolivia, señalan el reflejo en la periferia dependiente de las contradicciones metropolitanas.

Pero, naturalmente, contamos como índice incuestionable del compromiso real de la dictadura con el Imperialismo con el Plan Martínez de Hoz. De todos modos se trata del aspecto fundamental, pero a veces no decisivo, de la política del régimen. Un caso patente de conflicto entre el Plan económico y las FFAA es la cuestión de SOMISA y el proyecto para la industria metalúrgica;¹ otro, las declaraciones de Massera en un foro empresario de la Provincia de Buenos Aires, a favor de la industria pesada, química y cibernética. De hecho Martínez de Hoz depende de la Junta y está permanentemente sometido a su control. Finalmente, la Junta mantiene diferencias importantes con la línea Carter —mientras intensifica las relaciones comerciales con la URSS—, sin desplomarse ni padecer más estremecimientos que los que viene provocándole el aislamiento internacional desde hace bastante tiempo.

Es posible que en términos no so-

El Topo Blindado

ciales sino políticos, el poder militar conserve algunas de las características tradicionales del bonapartismo, como régimen surgido de contradicciones irreconciliables. En cambio otros aspectos, estos sí políticos, y no estructurales, aluden a los regímenes de corte fascista: tal la ofensiva terrorista contra la avanzada obrera y popular, las veleidades corporativistas de algunos de sus ideólogos, la línea de franca restauración de la tasa de ganancia de los monopolios y la Banca recrudesciendo la explotación, etc.— De todos modos, se esté o no de acuerdo con la fisonomía que trazamos, es necesario no perder de vista la naturaleza compleja, y a veces atípica, de la dictadura militar argentina.

El segundo aspecto que señalamos es el del consenso en la sociedad civil. Resulta claro que la dictadura no ha podido superar, hasta hoy, la crisis de hegemonía que afecta históricamente a la clase dominante argentina desde 1955. El aislamiento del régimen en tal sentido es total, y lo fuerza a mantenerse casi exclusivamente por la violencia. Así no es posible consolidar una hegemonía estable, única base cierta para la estabilidad de la dominación. Esto es lo que impide o dificulta la elaboración o el acuerdo de las propias FFAA acerca de un plan político viable. El meollo de la cuestión está en que cualquier política de largo alcance debe sustentarse en una plataforma de hegemonía en el seno mismo de la sociedad civil. Por eso hoy el punto crucial de la lucha está en el seno de las masas y hacia ese centro vital tiene que dirigirse la política de la dictadura si realmente pretende realizar sus objetivos estratégicos.

La construcción—restauración de la hegemonía ideológica.

He aquí lo que está en discusión, más allá de las formas que adquiera en cada momento. ¿Puede la dictadura ganarse el consenso de algún sector importante de la sociedad civil? ¿Cuáles son sus recursos y posibilidades al respecto? No cabe duda de que toda política de resistencia a la

dictadura y sus metas finales, necesita tener claro este aspecto. Lo que en el fondo estamos queriendo decir es que las dificultades políticas del régimen tienen, ya nítidamente, una causa ideológica. Y es en ese punto donde empieza a resquebrajarse la unidad del bloque constituido por las FFAA, originariamente débil en su discurso ideológico y carente, en general, de órganos para construir esa hegemonía en la sociedad civil.

Hagamos un poco de historia. Tal vez el más agudo de los desfasajes que desgarraron internamente a la sociedad argentina en la segunda mitad de este siglo, ha sido la polarización creciente entre el Estado y las masas. Esta fractura dividió por dentro a los propios órganos ideológicos de la sociedad civil—sobre todo a los sindicatos, pero también a los partidos políticos y a las instituciones culturales—, llegando a configurar una auténtica crisis de hegemonía de la burguesía en la Argentina. El paso del peronismo al llano y su proscripción del Estado fue decisivo para realimentar esta polarización—, que sin embargo ya empezó a insinuarse bajo el segundo gobierno de Perón con la crisis de 1952—, y que sin duda era inevitable para el sistema mismo. La burguesía se dio cuenta tarde de este fenómeno, y cuando entregó el gobierno al peronismo éste mismo había perdido el control efectivo de las masas y



no servía, sino efímeramente, para restablecer la unidad entre Estado y sociedad. Pues bien, el agudizamiento extremo de este antagonismo en junio/julio de 1975, puso de manifiesto la inevitabilidad del golpe, y a su vez, la necesidad y la posibilidad de realizar los cambios radicales que la granburguesía reclama. Pero ¿la dictadura ha comenzado, siquiera, a superar el abismo entre clases dominantes y masas populares? Ahí está su problema central.

Ya Gramsci señalaba que la hegemonía de una clase no supone el consenso absoluto y total de la sociedad. Se trata, más bien, de captar a sectores decisivos de las capas populares o de la intelectualidad. En cuanto a la capacidad de la dictadura para lograr algo así, hay que tener en cuenta no sólo su carencia de discurso ideológico totalizador, sino también, la ausencia de órganos específicos de ejercicio de la hegemonía en la sociedad civil adaptados a los nuevos objetivos. En este sentido es significativo que la Educación y la Cultura del régimen estén en manos de su ministro más inepto: Catalán.

Algo distinto cabría decir de las posibilidades para realizarlo. Someramente: 1) el principal elemento a favor con que cuenta la dictadura, es, sin duda, la ausencia absoluta de alternativa nacional. Este vacío deja un espacio a las expectativas que el régimen sea capaz de crear, sobre todo teniendo en cuenta la posible inclinación de la pequeñoburguesía hacia salidas conciliadoras. 2) el principal factor en contra es el estrecho margen que tiene la dictadura para hacer concesiones efectivas (fundamentalmente económicas y sociales). Este límite es fundamental pero no absoluto. Experiencias de masas como el peronismo se apoyaron, sustancialmente, en las perspectivas expansivas que la clase dominante podía ofrecerle al pueblo o a un sector importante de él. Sin un mínimo de satisfacción real parece imposible montar una salida con consenso. Y sin él la estabilidad será efímera. Por eso lo llamativo en la situación actual no es tanto la afirmación de continuidad política que hace el régimen acosado por serias con-

tradiciones internas, sino la confirmación efectiva de Martínez de Hoz y una política económica que le resta posibilidades al régimen para configurar el tan ansiado "movimiento nacional". Una vez más los "tiempos" se precipitan, y el desfase entre economía y política se torna dramático.

El Plan Martínez de Hoz se dirige a crear las condiciones para un orden económico radicalmente nuevo, ajustado al esquema global del imperialismo norteamericano para América Latina (esa fantasmagórica Trilateral que le asignaría a la Argentina el viejo papel agroexportador). Una política tan radical necesita el sostén político de una dictadura férrea e inmovible, objetivos tan ambiciosos requieren por lo menos cinco años de estabilidad. Si tales condiciones pudieran cumplirse tranquilamente — como posiblemente lo supusieron los técnicos del Plan —, la dictadura podría encarar la reorganización política del país sobre un terreno previamente allanado y con éxitos que acreditar a su favor. El problema de la hegemonía se plantearía, entonces, en las condiciones adecuadas. Pero la realidad no se desarrolla tan armónicamente ni las etapas se suceden con la regularidad prevista. En el momento en que la política de Martínez de Hoz produce sus efectos devastadores más intensos y en que no puede mostrar más éxito que la reserva de divisas en medio de una terrible recesión, la dictadura soporta presiones cada vez más intensas por una perspectiva política concreta. Y este es un reclamo al que se aferran los sectores de la burguesía interior afectados directamente por la política económica, y los partidos políticos amenazados de muerte por las intenciones de configurar "el" movimiento nacional del régimen. Una vez más, a falta de fuerzas económicas, estos sectores apelan a la presión política — que, además, tiene posibilidades objetivas de confluir con la resistencia obrera y popular, reeditando el frente espontáneo contra la dictadura en 1969—. Obviamente que la dictadura asimiló la experiencia pasada y mantiene férreamente el control de la situación, pero esto no le permite

eludir la cuestión central: es necesario arrasar la estructura económica nacional, reconfigurar la formación social sobre nuevas bases productivas, aplastar si es necesario por la fuerza la resistencia de los sectores directamente afectados —que constituyen la enorme mayoría del país— e inclusive a la “subversión”, mientras simultáneamente, debe constituir un régimen de dominación política con una mínima estabilidad sobre la base del consenso (o en todo caso, debe empezar YA a resolver esta cuestión).

Esta es la contradicción a resolver, y hasta ahora ha llegado a las siguientes conclusiones: 1) ganar tiempo en el terreno político postergando las decisiones de trascendencia; 2) acelerar lo más posible la ofensiva económica; 3) dar pasos graduales para el restablecimiento de ciertos órganos corporativos de control social —primero la UIA, luego posiblemente la CGT, etc.— Pero la clave de esta política sigue siendo la coerción, y la sociedad civil el campo de batalla decisivo. Y por el momento parece que lo que más le preocupa, según lo demuestra el magro “esquema de poder”, es saldar las cuentas con la microsociedad militar y homogeneizar las propias fuerzas. Por esta vía no hará más que aislarse.

Los dos términos de la lucha: las masas populares y la intelectualidad.

Nuestra primera conclusión es que hoy la lucha decisiva se dirime en el seno de las masas. Su carácter no es sólo social (reivindicaciones económicas, etc.) sino también político. Allí dirige sus ojos la dictadura, y allí es necesario poner el eje de la agitación y la propaganda de una democracia que abra camino al desarrollo de la lucha y la organización obrera y popular. La secundarización de esta lucha deja el campo libre a la dictadura para que pueda, a mediano plazo, empezar a configurar sus propios órganos de consenso. No es posible suponer que el aislamiento actual del régimen es insuperable para él, y que la resistencia de las masas pueda mantenerse y crecer exclusivamente sobre bases espontáneas. La presente situación de transición abre pers-

pectivas para la lucha, y si no es aprovechada, a mediano plazo el régimen puede llegar a ofrecer los frutos del orden, e incluso, algunas reivindicaciones mínimas y selectivas producto del reajuste económico-social consumado.

Pero en segundo término es imprescindible destacar la importancia del trabajo ideológico dentro de la intelectualidad y en el conjunto de la pequeña burguesía. Ese es un sector amenazado de muerte que, ante la falta de alternativa popular, puede muy bien ser terreno fértil para la propaganda del régimen. Es evidente que la dictadura carece por ahora de intelectualidad orgánica (salvo, claro está, Jorge Luis Borges). Para restaurar la hegemonía necesita intentar, al menos, ganar un sector de esa intelectualidad para su proyecto. Es posible que al embate formidable de la ofensiva terrorista de la granburguesía, descargado con fuerza sobre las capas medias, ellas estén de vuelta de su anterior radicalización y se inclinen, cada vez más, hacia alguna salida de tipo socialdemócrata. Por eso se impone realizar la tarea de esclarecimiento de este sector numeroso en la Argentina, a fin de ganarlo para una resistencia que será larga.

En general hoy la izquierda socialista revolucionaria argentina se desgarró entre dos líneas que, muchas veces, se hacen aparecer como divergentes: la lucha democrática y la reunificación de la intelectualidad revolucionaria. Por eso es necesario tener claro que, en primer lugar, se trata de dos tareas simultáneas y complementarias. Y en segundo término, la ausencia de alguna de ellas dos hace imposible la realización de la restante. Es sobre esos dos frentes que debe darse hoy la batalla, a fin de impedir que la dictadura gane tiempo político mientras sigue avanzando en su plan económico, y sea capaz al fin, cuando el terreno aparezca allanado para un desarrollo selectivo del capital monopolista, de ofrecer alguna alternativa que signifique su estabilización.

15-VIII-78

NOTA:

1) Este conflicto entre la Secretaria de Desarrollo Industrial (SEDI) y Fabricaciones Militares es algo más que una cuestión de atribuciones. Mientras el "Plan Siderúrgico Nacional" elaborado por Fabricaciones Militares estima la producción de acero para 1985 en 9 millones de toneladas, con la utilización de la mayor proporción posible de materias primas de origen nacional, promoviendo la explotación y producción en el país; el dictamen de la Comisión convocada a tal efec-

to por la SEDI, e integrada por seis representantes del sector privado sobre diez miembros —mientras el 70% de la producción de acero nacional es de empresas del Estado—, fija para 1985 una cifra menor, lo que determina la suspensión de algunos nuevos proyectos siderúrgicos (como SIDINSA), y posiblemente una mayor cuota de importación. Aquí parece dirimirse una cuestión de control casi estratégico donde el sector empresario de las FFAA reclama mayor poder.

Economía:

¿Hacia un Nuevo Modelo de Dependencia?

En el ámbito político del exilio suele simplificarse demasiado el carácter y las perspectivas de la política de Martínez de Hoz. Frecuentemente se ve nada más que su aspecto regresivo ("a la Argentina de 1880") y la crisis que provoca en el aparato productivo nacional. Pero lo que en general no se advierte es que dicha crisis puede muy bien ser el costo para lograr objetivos ulteriores, y que el sector agroexportador tradicional no tiene realmente la hegemonía en esta política. Las visiones corrientes insisten en un punto de vista unilateral que tiende a reducir el actual Plan Económico a esquemas tradicionales y situaciones pasadas, sin reparar en que la política de Martínez de Hoz sustenta objetivos radicalmente estratégicos y que la situación presente, tanto en lo nacional como en lo internacional, adquiere características cualitativamente distintas a las de cualquier coyuntura anterior. Se repara en los aspectos recesivos y liquidacionistas, como si la línea económica de la dictadura militar no pudiera estar creando las condiciones básicas para lograr, en una etapa ulterior, un reajuste de la dependencia conforme a las nuevas necesidades de las transnacionales. Si el Plan Martínez de Hoz no pretendiera nada más que arrasar con la estructura económica argentina sin pretender construir una nueva, estaríamos ante una política puramente absurda. Como no se trata de eso, y sólo con la producción obtienen ganancia los monopolios y la banca, es fundamental preguntarse por el modelo al que se dirige el Plan, más allá de que sea capaz o no de alcanzarlo. Este modelo no surge con nitidez de los hechos mismos sino que debe ser cuidadosamente inferido de la relación entre las medidas parciales que adopta el Ministerio de Economía y las tendencias dominantes en el campo global del capitalismo —sobre todo la política continental de los E.U. para América Latina en estos momentos—. Las posibilidades reales que existan para consumir ese modelo dependen, en gran parte, de

factores extraeconómicos, y quedan por el momento fuera del presente análisis.

Los objetivos declarados del Plan

En el boletín del Ministerio de Economía "Evolución Económica Argentina, Abril 76—Febrero 78" hallamos el balance oficial del Plan en dos años de aplicación. Claro que se trata de una política de largo alcance (por lo menos cinco años son necesarios para empezar a ver sus resultados positivos, confiesa el propio Martínez de Hoz) y gradualista. Pero en sus propios términos, contrastados con la realidad, hallaremos algunos indicios de la orientación general que se le imprime al proceso económico.

El objetivo expreso de esta política es pasar de una economía de especulación, como la que existía en víspera del golpe (hiperinflación, aguda recesión, cesación de pagos externos) a una economía de producción. Sin embargo la práctica del programa, y sus resultados, son de orientación crudamente "monetarista" por lo que, en los hechos, tiende más a la especulación que al desarrollo de la producción —como lo señaló el alza incontrolada de las tasas de interés a fines del año pasado—. Por eso lo que queda como objetivo real de esta política, entre sus propias definiciones, es: 1) la "redefinición del papel del Estado" en relación con la empresa privada; 2) el saneamiento monetario y financiero indispensable. (Ver Cuadro I).

Los resultados declarados y manifiestos de la aplicación del Plan

En el diagrama general del Plan se consignan las medidas fundamentales de la política implementada:

- 1o.-Regulación oficial de los aumentos salariales, reforma de la ley de Contrato de Trabajo y eliminación de las trabas para mayor productividad. Esto significó en los hechos la reducción del salario en un 60o/o y la elevación de las tasas de explotación.
- 2o.-Liberación de los precios suprimiendo el sistema de control. De este modo, Argentina tuvo el récord mundial de incremento del costo de la vida de abril/77 a abril/78 (174o/o).
- 3o.-Procurar la eficiencia industrial. Por esta vía el conjunto de las empresas producen al 50o/o de su capacidad instalada, y a fines del año pasado se alcanzaron cifras récord en las quiebras comerciales.
- 4o.-Disminuir la emisión monetaria, estimular el ahorro y ampliar el mercado financiero.
- 5o.-Menor gasto del Estado y mayores ingresos fiscales.

Estos dos últimos puntos son los "logros" de la política de Martínez de Hoz. El aporte de Tesorería a las empresas del Estado y a las Provincias disminuyó notablemente, así como su déficit y el correspondiente financiamiento del Banco Central. En cambio crecieron sustancialmente los ingresos de la Tesorería por impuestos. Asimismo, los recursos en divisas ascienden a 6,000 millones de dólares.

Naturalmente que estos no son los únicos objetivos que señala el Plan. Entresacamos los que han tenido implementación efectiva, obviando aquellos otros que, pese a figurar, resultan directamente contradictorios con la línea seguida y por eso no han tenido hasta aho-

El Topo Blindado

ra la más mínima aplicación (como "la rehabilitación del mercado interno de capitales", etc.).

Los efectos de esta política no pueden ser más que la recesión,¹ la alta tasa de acumulación en el sector financiero (estatal y sobre todo privado), y el descenso correlativo del PBI. Si este último no cayó más precipitadamente se debió, exclusivamente, al incremento de las exportaciones agropecuarias y a un mayor crédito al sector de minería. Pero incluso en estos rubros las perspectivas no son halagüeñas: tanto la producción agropecuaria como la exportación de sus productos se reducen este año debido al descenso de los precios internacionales —se está en otra fase de "liquidación de vientres"—. A su vez los ajustes que será necesario hacerle al Presupuesto para absorber el incremento del costo de la vida (en los primeros seis meses el 600/o que se había previsto para todo el año) seguramente recortarán aún más las inversiones del Estado.

Este Plan no se propone "acabar" con la inflación, sino reducirla a un nivel aceptable y mantenerla bajo relativo control —dentro de ciertos límites la inflación impulsa la concentración monopólica—. Mucho menos puede suponerse esa intención cuando la inflación es un fenómeno mundial del capitalismo que la Argentina, como país dependiente, padece multiplicado. Pero lo que también puede suponerse es que la recesión no es un objetivo en sí mismo, sino un medio para lograr: 1o.— Una rápida acumulación en el sector financiero, y probablemente monopólico; 2o.— La gradual eliminación, ya sea por absorción o por liquidación, de la industria productora de bienes para el mercado interno con niveles de eficiencia (costos) no competitivos a nivel internacional, y el estímulo de la producción para la exportación; 3o.— El efecto de este proceso de estrechamiento del mercado interno, además del descenso general del consumo y del nivel de vida de las masas, no puede ser otro que la formación de un ejército industrial de reserva numeroso, con todas las consecuencias que ello acarrea sobre la organización sindical, el nivel de los salarios y las tasas de explotación de la fuerza de trabajo.

Queda claro que el beneficiario directo y principal de esta política es la granburguesía financiera, y que los sectores agroexportadores y monopólicos reciben ventajas adicionales. Salvo las íntimas alianzas que vinculan a unos y otros sectores de la granburguesía, y aún interpenetra sus intereses recíprocos, de esta distribución de los beneficios surge una clara jerarquización interna del bloque en el Poder donde el sector financiero cuenta con la hegemonía incuestionable.²

Los límites de la salida de la crisis que pretende lograr el Plan

El saneamiento financiero implantado por Martínez de Hoz se basó en dos medidas correlativas: la reducción de la oferta de bienes y la disminución de los salarios y el circulante. Pese a la liberación de los precios, el primer resultado se obtuvo del incremento del costo del dinero (tasas de interés) y de la reducción drástica de la demanda efectiva. Pero esto se proyecta más allá del mercado de bienes de consumo. El aumento en las tasas de interés

El Topo Blindado

perjudica de manera directa a las empresas que no cuentan con autofinanciamiento. En realidad, para ellas, la disminución de los salarios y el aumento en las tasas de explotación del trabajo, son insuficientes para compensar el encarecimiento del crédito y de los insumos que fatalmente necesitan importar —y que a su vez importan la inflación internacional—. Esas empresas, fundamentalmente productoras para el consumo interno, no vieron reducidos sus costos sino probablemente incrementados, y esto hace que los precios internos no hayan cesado de subir pese al control de la inflación (además del hecho conocido de que la disminución de la producción obliga a distribuir los costos fijos entre el stock menor de mercancías, lo que aumenta los costos por unidad). En cambio los grandes monopolios no sólo cuentan con autofinanciamiento, sino que producen para sectores de altos ingresos y pueden reorientar la producción hacia el mercado exterior, y en consecuencia, a la postre pueden salir beneficiados por la disminución del capital variable y el correlativo aumento de la productividad —aumento que para ellos es posible en la medida en que su capacidad técnica es superior a la de las empresas medianas y pequeñas que producen para el mercado interno o son sus subsidiarias—. El notable incremento en las exportaciones de FIAT, por ejemplo, señala el beneficio que estos monopolios pueden obtener de la reducción de los derechos respectivos, y el desgravamen de productos importados como las autopiezas. Finalmente, no sólo las limitadas inversiones del Estado en infraestructura, sino también sus planes de promoción a la inversión industrial, tienen en los hechos carácter selectivo y benefician exclusivamente a los sectores que están en condiciones de expandirse —obviamente los monopolios en rubros claves—. Así se ponen de manifiesto las consecuencias reales de la “subsidiariedad” del Estado.

También la granburguesía exportadora se vió directamente favorecida por el desgravamen de carnes y granos, y pese a una cierta recuperación del signo monetario que ahora se afirma está “sobreevaluado”. De todos modos, también en este caso los afectados han sido los cria-



El Topo Blindado

dores -que producen para el mercado interno-, también supeditados a los créditos. No sólo Aguado sino CAR-BAP misma se aprestan a fundar un "partido para defender sus intereses.

En síntesis la política de captación del ahorro implementada por Martínez de Hoz, con el objetivo declarado de sanear las finanzas públicas y controlar la inflación monetaria, acelera en los hechos la concentración monetaria, desmantela a la industria "nacional", y fomenta los rubros exportadores en términos de competencia internacional (eficiencia). Pero, de todos modos, la acumulación buscada se ha conseguido con creces. ¿A qué se la destina?

El problema estructural

Las crisis cíclicas en la Argentina obedecen, además de las causas que afectan al capitalismo en general -la tendencia secular al descenso de la tasa de ganancia-, a factores de tipo estructural propios de la distorsión impuesta por la dependencia. Se trata de la incapacidad del sistema mismo para desarrollar la reproducción ampliada del capital. El límite rígido de toda expansión está en el raquitismo del sector de bienes de producción (capital) y por ende la industria para el mercado interno depende de insumos importados cuya compra es posible, no por las divisas obtenidas por la propia industria interior, sino sustancialmente por la exportación agropecuaria -ya no expansiva-. La única salida posible de este círculo vicioso que va de la inflación de precios a la inflación de costos, está en la inversión masiva en el sector de bienes de producción (máquina herramienta y tecnología), y en la constitución de economías de escala que, teniendo en cuenta las limitaciones del mercado interno argentino y el altísimo costo de la inversión inicial, debería expandirse al mercado internacional. Para ello, la Argentina anterior al golpe del 76, ni siquiera contaba con la ventaja relativa que dan a los países dependientes los bajos salarios y la abundancia de mano de obra. Por el contrario, la Argentina se caracterizaba por un relativamente alto nivel de capacitación de sus trabajadores, pero también, por un poderoso y aguerrido movimiento obrero. Según esto cabría preguntarse, ingenuamente, si luego de aplastar al movimiento obrero, Martínez de Hoz se propone invertir los capitales acumulados en el desarrollo de la industria pesada y la tecnología. Desde el punto de vista del desarrollo capitalista integral, esta sería la única vía para erradicar, definitivamente, las causas estructurales de la crisis.

Decimos bien: "ingenuamente". Si la dictadura tratara realmente de desarrollar el país en términos capitalistas estrictos, podríamos interrogarnos al respecto. Pero el objetivo de este régimen no es "desarrollar" el país sino cambiarlo de raíz. La política económica se dirige a las finanzas, no a la industria. Esta participa en un 36o/o dentro del PBI argentino, y su tasa de crecimiento en los dos años de dictadura transcurridos no ha sido más que del 3o/o (1977), mientras el agro incrementó un 8,8o/o y la construcción un 13,3o/o. Además las previsiones para 1978 no señalan, de ningún modo, la intención de cambiar esta tendencia -y la actual crisis de la industria automotriz y de autopartes lo demuestra

palpablemente—. (ver Cuadro II)

Es un hecho que la enorme acumulación ha ido a parar casi en exclusiva al Estado y los Bancos (algunos de origen nacional abren filiales en el exterior). Hasta aquí la política ha sido coherente en sus líneas generales, y logró algunos de los objetivos propuestos. La cuestión está en determinar si ha llegado el momento de hacer ciertos ajustes y correcciones, o es posible continuar como hasta ahora. El actual descenso de las tasas de interés está señalando que la propia conducción económica percibe esta necesidad, pero teme mucho más al "recalentamiento" inflacionario.³ Igualmente, y pese a que se había desmentido el aumento salarial para el 1o. de agosto, al fin se lo concede en ése término pero sin ninguna eficacia real en los ingresos de los trabajadores (se deja librado a la capacidad financiera de las respectivas empresas, el tope del 75o/o). Todo parece indicar que estamos en el momento más crítico de la "reconversión" productiva, y que le llegó el turno a los grandes monopolios definir su futuro en la Argentina. Tal es el caso de General Motors, y otras empresas menores (Deutz, Masey Ferguson, etc.).

Desocupación y transnacionales

Oficialmente se informa que la tasa de desempleo, en el mes de mayo de este año, llegó al 3,9o/o. Este cálculo es irreal en la medida en que se considera ocupado a aquel que trabaje una semana. Es de suponer que la tasa real, sumándole el subempleo, sea bastante más alta. El manipuleo de las cifras tanto del costo de la vida (INDEC) como de la desocupación, ya es inveterada en el Ministerio de Martínez de Hoz. Además hay que tener en cuenta que la tasa oficial actual es muy próxima a la de 1975 (3,7o/o) cuando existía sobreocupación en el sector público y en los ferrocarriles. En los dos años de dictadura se han despedidos 100.000 agentes de la administración pública, y el levantamiento de cerca del 30o/o de la red ferroviaria ha acarreado la eliminación de un porcentaje aún mayor de trabajadores. Pero tal vez lo más importante sea anotar los efectos del cierre de las plantas terminales de automotores, e incluso de la huelga portuaria, para tener una idea del incremento futuro de la desocupación. Pero resulta que el carácter "gradualista" de la política económica —lograr la reconversión con el menor costo social— intentaba demostrarse en la relativamente baja tasa de desocupación. Que esta situación se revierta ¿significa un fracaso del plan, o la evidencia de que ha llegado el momento de sanear la mano de obra y construir un ejército industrial de reserva masivo? Sin duda que la desocupación flotante presiona hacia abajo los salarios e incrementa en todos los casos la tasa de explotación. En una situación de desorganización del movimiento obrero, esta maniobra puede muy bien servir a los objetivos estratégicos de la actual dictadura, aunque sin duda va a impedir una flexibilización importante de la represión (Ver Cuadro III).

La cuestión de General Motors y todo el sector automotriz terminal es bastante más enigmática. Es sabido que ya a fines del año pasado se tenía noticias del cierre de la planta de automotores en la Argentina, y que un viaje de los propietarios de concesionarias a los EU no obtuvo más que la confirmación del carácter irrevocable de esta medida en boca de

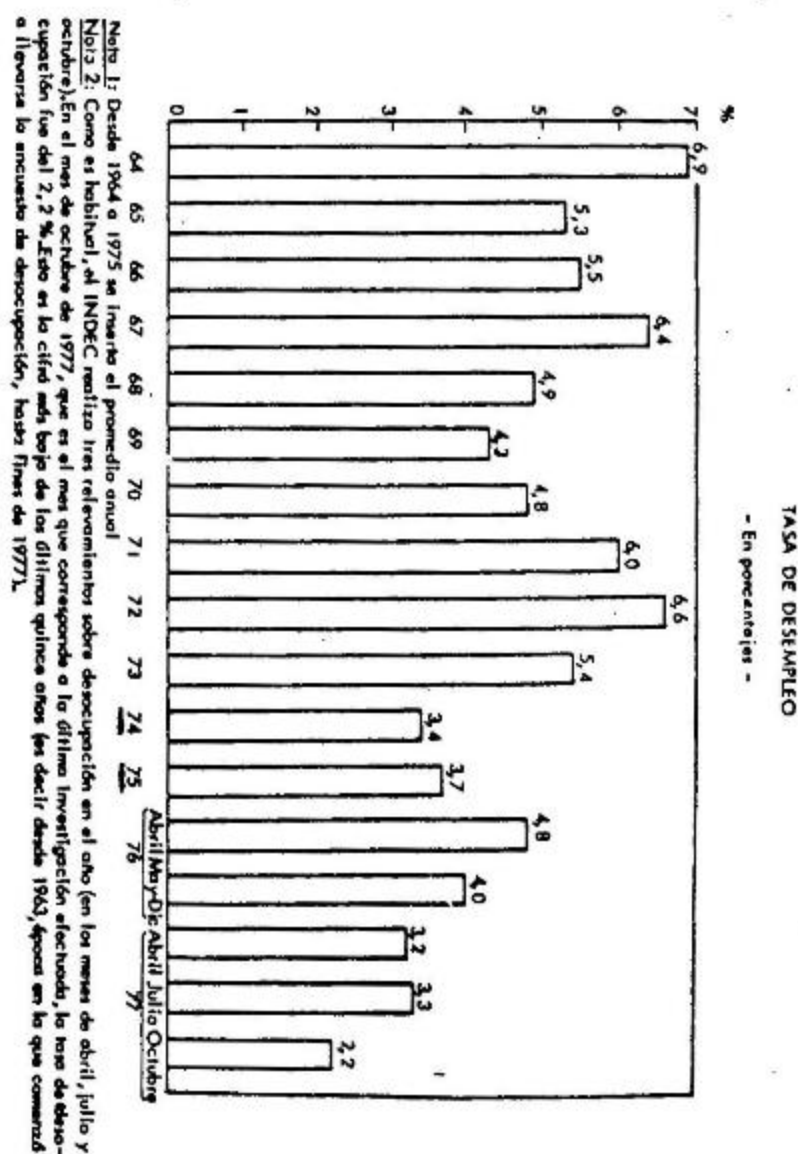
El Topo Blindado

los ejecutivos norteamericanos de la empresa. No es imposible que el cierre esté negociado con la dictadura desde hace tiempo, y se trate de una "reconversión" o redimensionamiento de la empresa, que mantiene su producción de locomotoras y grandes motores diésel. El gobierno tendrá que afrontar los efectos sociales y políticos de esta medida, pero en sí misma no desentona con la línea general de la política económica. Ya Krieger Vasena elaboró un plan para la reconversión de la industria automotriz que preveía la división del mercado interno en franjas y ponía el acento en la eficiencia y la exportación. La política actual es al respecto bastante más radical. La franca liberación de los gravámenes a la importación de autopiezas es un tiro por elevación: por un lado disminuye los costos de producción de las empresas terminales, por el otro, ayuda a eliminar del mercado a las fábricas subsidiarias que no operan a costos competitivos a nivel internacional. Más allá de los argumentos de la empresa para justificar el cierre —el descenso de la demanda y el elevado costo del dinero—, éste no parece afectar sustancialmente la actual línea económica.⁴

El hipotético nuevo modelo de la dependencia

Estas perplejidades se sintetizan en dos preguntas: ¿Existen, y en ese caso cuáles son, las contradicciones internas entre el sector monopólico industrial y los restantes dentro del bloque en el Poder? ¿El nuevo modelo de dependencia es el viejo agroexportador más agroindustrias?

Presuntamente la fantasmal Trilateral, ocupada en modelar la nueva división internacional del trabajo que exige la actual crisis "prolongada" del capitalismo, le habría asignado a la Argentina el tradicional rol agroexportador y un papel de liderazgo en la mentada "Revolución Verde". Para esto es obvio que habría que dar marcha atrás a la rueda de la historia y arrasar la estructura productiva nacional —que desde la crisis mundial de 1929 sigue, sin altavajos, un proceso de industrialización—. Dentro del esquema imperialista que determina



El Topo Blindado

las políticas económicas de los países dependientes, a Brasil le correspondería el rol industrial —lo que se sigue no sin contradicciones con los propios E.U., como ocurre con la energía atómica y el acero—. Pero el rígido modelo agroexportador aplicado a la Argentina, en el nivel actual de su desarrollo, despierta serias dudas: 1o.— por la baja de los precios internacionales, y la relativamente pobre capitalización del campo en estos dos últimos años —la exportación agropecuaria no parece asegurar por el momento altas tasas de beneficios; 2o.— el desaprovechamiento de una clase obrera numerosa y calificada, actualmente en condiciones de superexplotación, que supondría el regreso al modelo agroexportador que hizo crisis en 1930.

Más bien las tendencias actuales parecen dirigirse a un modelo francamente exportador y superexplotador en lo interno —posiblemente tal “modelo” aún no está configurado ni para sus propios artífices—. Por eso el acento en la producción agroexportadora y, selectivamente, en la industria con mayores rendimientos —transnacionales—, también orientada a la exportación. Someramente se trataría de: 1o.— el crecimiento de la producción agroexportadora — y por ende la reducción de la producción para el mercado interno reducido a un papel compensador, cuando éste había llegado a ser el principal consumidor de la carne argentina: algo así supone la absorción del sector criador y posiblemente un avance en la concentración de la tierra y la industria subsidiaria—. 2o.— el crecimiento de las transnacionales en los sectores de minería, petróleo, y tal vez otros rubros industriales para la exportación —aprovechando la ya anotada ventaja relativa de los bajos salarios y las altas tasas de explotación—. Esto a su vez supone la liquidación o absorción de la industria media de bienes de consumo para el mercado interno, subsidiarias, etc.— y el consiguiente debilitamiento de la burguesía interior que no consiga, en un sector reducido, pasar a integrar al gran capital; 3o.— la reducción al máximo del consumo interno —que dejaría de ser el interés principal de los monopolios imperialistas para la realización de la plusvalía—, el incremento extremo de la tasa de explotación—productividad, y la formación de un numeroso ejército industrial de reserva. De aquí pueden deducirse dos consecuencias sociales importantes: a) el debilitamiento de la clase obrera, social y políticamente —al menos en un principio—; b) la necesidad de configurar organismos sindicales de nuevo tipo, adecuados a un desarrollo pronunciadamente más desigual de la industria que el presente (grandes empresas transnacionales y un ejército de desocupados numeroso).

Este esquema por ahora puramente hipotético, encaja sin embargo en la nueva política que perfilan los E.U. para América Latina. El primer modelo de dependencia imperialista, y que hace crisis con la debacle del capitalismo de libre competencia en 1929, se basaba en el tradicional esquema “exportación de materias primas/importación de bienes industriales”. Este es un modelo eminentemente comercial, aunque la importación de capitales iba tomando el primer puesto en las inversiones de infraestructura de servicios (ferrocarriles, electricidad) y en el financiamiento. Durante el período de transición entre este modelo, liderado por las viejas potencias europeas, y el nuevo hegemonizado por los E.U., se produce un avance en la industrialización de los países latinoamericanos más importantes liderado por sus respectivas oligarquías, y limitado a la “sustitución de importaciones”.

El Topo Blindado

De este modo se compensaba la crisis de las potencias capitalistas, y la paralización provocada por la II Guerra Mundial —aunque el proceso se prolonga, con dificultades crecientes, varios años después de la terminación del conflicto—. Pero con la victoria “aliada” y cuando los E.U. surgen como potencia hegemónica y dominante del campo imperialista, empieza a producirse una lenta pero fatal penetración de su influencia en los antiguos países dependientes de Inglaterra. Esa penetración es de nuevo tipo. Por un lado trata de aprovechar la demanda interna de los nuevos mercados nacionales configurados por el proceso de industrialización limitada anterior, y por el otro se produce en el momento en que tales procesos se agotaban desembocando en una crisis permanente: el desideratum era desarrollar el sector de bienes de capital, o la inestabilidad y el estancamiento crónico. El nuevo modelo norteamericano, que intentaba canalizar la abundancia de capitales y la prosperidad de los E.U. a inversiones ventajosas en mercados tan escasos de capitales como los europeos y japoneses de la “reconstrucción”, consistía fundamentalmente en la inversión productiva y la realización de la plusvalía en los propios mercados dependientes (naturalmente que sin romper con la dependencia sustancial, que gradualmente pasaba a ser no sólo de máquina herramienta, sino fundamentalmente financiera y tecnológica). Contrariamente a lo ocurrido en Europa y Japón, los mercados latinoamericanos no podían ofrecer demasiadas perspectivas de expansión. Por ello, si bien en un principio esta nueva forma de penetración —que permitía afirmar que el Imperialismo era un factor “interno” de las respectivas estructuras nacionales— daba respuesta inmediata a la crisis de agotamiento de los proyectos industriales de sustitución, en la medida en que no rompía con la dependencia estructural e incluso desviaba hacia los E.U. los beneficios, a la postre no podía hacer más que proyectar la crisis a un nivel superior. Y esto se pone claramente de manifiesto con el estallido de la crisis general del capitalismo, a fines de la década del 60, y que llega hasta nuestros días sin solución de continuidad. En homenaje a la astucia de las FFAA puede conjeturarse que el golpe del 66 fue dado en previsión de la inminente crisis, y para recoger los frutos del fracaso de la Alianza para el Progreso. Bien puede decirse que desde entonces hasta hoy hemos vivido los desgarramientos de la adaptación a una nueva situación general del imperialismo (¿del mundo en su conjunto?). Por eso es posible suponer que actualmente nos encontramos en la fase de transición del segundo modelo de dependencia a uno nuevo y todavía vagoroso, y que la crisis que el programa de Martínez de Hoz no provoca sino lleva a sus últimas consecuencias, expresa los dolores de la adaptación.

No es nuestra intención, ni este el lugar adecuado para hacer el análisis de la presente crisis imperialista de cuyos dolores de parto deberá surgir el “nuevo orden” económico internacional. Basta con recalcar su carácter más general y también abstracto: en condiciones de recesión inflacionaria, de lo que en el fondo se trata es de recuperar la tasa de ganancia de las transnacionales. Esto no es posible sino liquidando al sector monopólico menos capacitado y dando un salto adelante en la concentración y la centralización: incrementando la masa total de capital —no sin una inevitable destrucción en masa de las fuerzas productivas acumuladas por la sociedad—. La tendencia del imperialismo norteamericano parece ser la de redimensionar su propia estructura productiva nacional a nivel continental, integrando a la América Latina de manera gradual pero definitiva. Se trata de un salto en la

El Topo Blindado

economía de escala, que necesariamente supone una nueva división del trabajo en función imperialista, y tiende a subordinar las fronteras nacionales a los programas de las empresas transnacionales. Esta configuración, que por ejemplo en Africa adquiere características más agudas pero diferentes, obliga a un enfoque continental de la situación argentina, desde el momento en que las unidades nacionales y los mercados internos dependientes pierden importancia y deben ser sometidos a la estructura global del mercado imperialista. Las tendencias de configuración de este nuevo modelo, apenas configurado, parecen dirigirse en tres direcciones complementarias: 1) dependencia de carácter eminentemente financiero y tecnológico, donde la "información" pasaría a cumplir el rol decisivo que antes correspondía a la industria pesada (más allá que la lucha por el control de los minerales estratégicos, lleve a un nuevo reparto del mundo en "esferas de influencia" geográfica). Este aspecto se suele ejemplificar en la tendencia de los E.U. a desplazar hacia la periferia las industrias "sucias" y, relativamente, la producción industrial tradicional, mientras la metrópoli conserva las industrias de mayores rendimientos como la electrónica, la petroquímica, la energía nuclear y la cibernética. Esto implicaría varias ventajas. La causa del descenso de la tasa de ganancia está en la elevada composición orgánica del capital. El desplazamiento de ciertos sectores industriales a los países con bajos salarios y altas tasas de explotación permitiría compensar la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, y a su vez, mantener en reserva fuentes de recursos en la metrópoli. Por otro lado el descenso en los costos industriales de los rubros tradicionales le permitirían a los E.U. competir con la producción japonesa y europea que, en la mayoría de los casos, opera con mano de obra más barata que la norteamericana. Pueden imaginarse los efectos que este desplazamiento tendría en la propia estructura económica de la metrópoli, el mercado de trabajo, etc.— 2) que la integración productiva hará más férreos los controles políticos y militares de la metrópoli hacia la periferia dependiente (y las vacilaciones al respecto se ponen de manifiesto en la errática línea democrática de Carter); 3) y finalmente, el hecho de que la reducción al mínimo de los mercados nacionales no redituables debe ir acompañada del aplastamiento a mayores tasas de explotación.

Este "modelo" no pretende ser más que hipotético, pero creemos que al menos es eficaz para intentar encuadrar la política de Martínez de Hoz en el contexto global que el corresponde. En una situación de crisis general y prolongada, donde la transición impone reajustes recíprocos y en todos los niveles, la política económica nacional de un país dependiente resulta incomprensible si no se proyecta sobre el conjunto de la situación. Tal vez de la descripción esbozada más arriba surja la imagen de un Martínez de Hoz con trazas de Sancho Panza tratando de acomodarse a las órdenes de un quijotesco Carter; tal vez por su propia generalidad, el nuevo "modelo" resulte demasiado coherente y sin fisuras, y su inevitable victoria parezca la postergación por otro período de la revolución. Pero eso no es así. Se trata de una nueva vuelta de tuerca del capitalismo en la fase de su decadencia y descomposición —que muchas veces lo tornan más temible e insensato—. Queda por hacerse, además de profundizar y corregir los análisis generales, desarrollar las fuerzas que en el propio seno de las sociedades capitalistas luchan por una sociedad superior. Esa es tarea de la política.

Agustín Gimenez 13-VIII

El Topo Blindado

Notas:

1—La situación de recesión en un punto crítico es evidente. La previsión de un aumento del PBI en un 50/o respecto de 1977, fue respondida con un descenso del 7,30/o en el primer trimestre, y 30/o en el segundo de este año. Los principales rubros de esta caída han sido el Producto Bruto Industrial (-8,70/o) y la Inversión Bruta fija (-11,30/o). El informe de la Sociedad Rural Argentina fija el deterioro de los precios de la hacienda vacuna, desde noviembre de 1977 a abril de 1978 en un 38,20/o —debido a los elevados volúmenes de comercialización—. Los granos tienen mejores perspectivas de rendimiento y precios internacionales. La tasa inflacionaria del 600/o en el primer semestre, cuando era lo previsto para todo el año, es el índice que completa el panorama. Tal

como lo señala nuestro análisis, el incremento del déficit fiscal respecto del PBI será compensado con la reducción del volumen físico de la inversión estatal, lo que implica mayores efectos recesivos.

2—Las medidas de "liberalización" financiera precipitan la concentración y desnacionalización. Un ejemplo: en la Bolsa de Valores se han eliminado las acciones de votos múltiple (que establecía la Ley de Sociedades). Es una medida de efectos "democratizadores" ya que permite acabar con las empresas familiares (controladas por élites que no llegaban a poseer el 380/o del paquete accionario). Pero lo que esto quiere decir en la práctica es que incluso empresas líderes pueden ahora ser copadas por medio de la compra de acciones: así ocurre actualmente

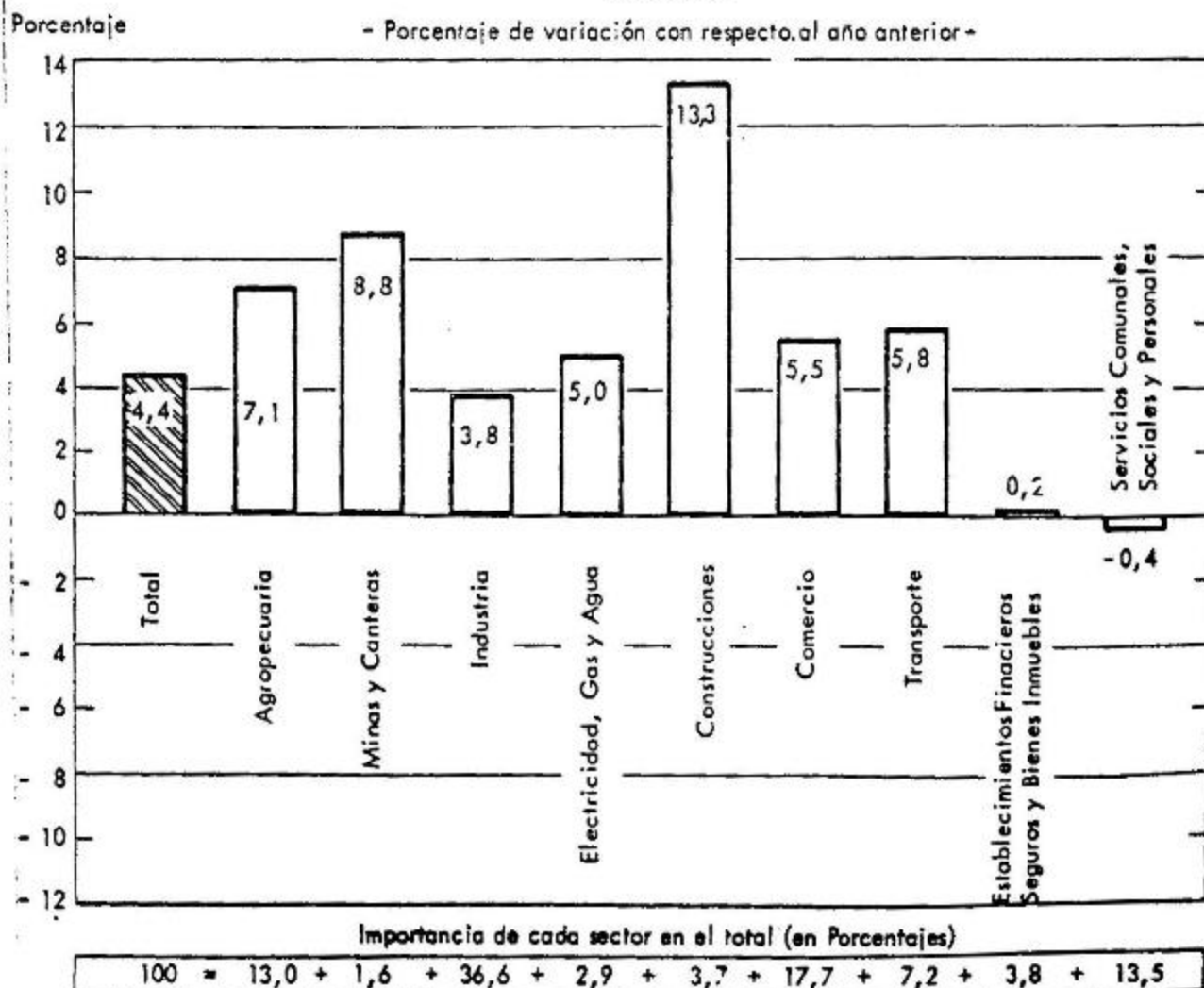
con Ledesma (que tiene una evolución desfavorable por el incremento de los gastos de financiamiento), con Canale, con Saint y con Alpargatas (en este caso se trata de un grupo extranjero).

3—La reducción de las tasas de interés debido, presuntamente, a la tendencia decreciente de la espiral inflacionaria y a una mayor liquidez en la plaza, fue acompañada de la disminución del encaje mínimo obligatorio en un punto.

4—En general se afirma que lo de General Motors no es desconcertante —se sabía desde hace 8 meses—, y resulta efecto de la reconversión y el "sinceramiento" de la economía. La empresa se limitará a la producción de locomotoras (cuenta con una compra del Estado de 170 unidades, con créditos garantizados), y a la colocación de vehículos importados.

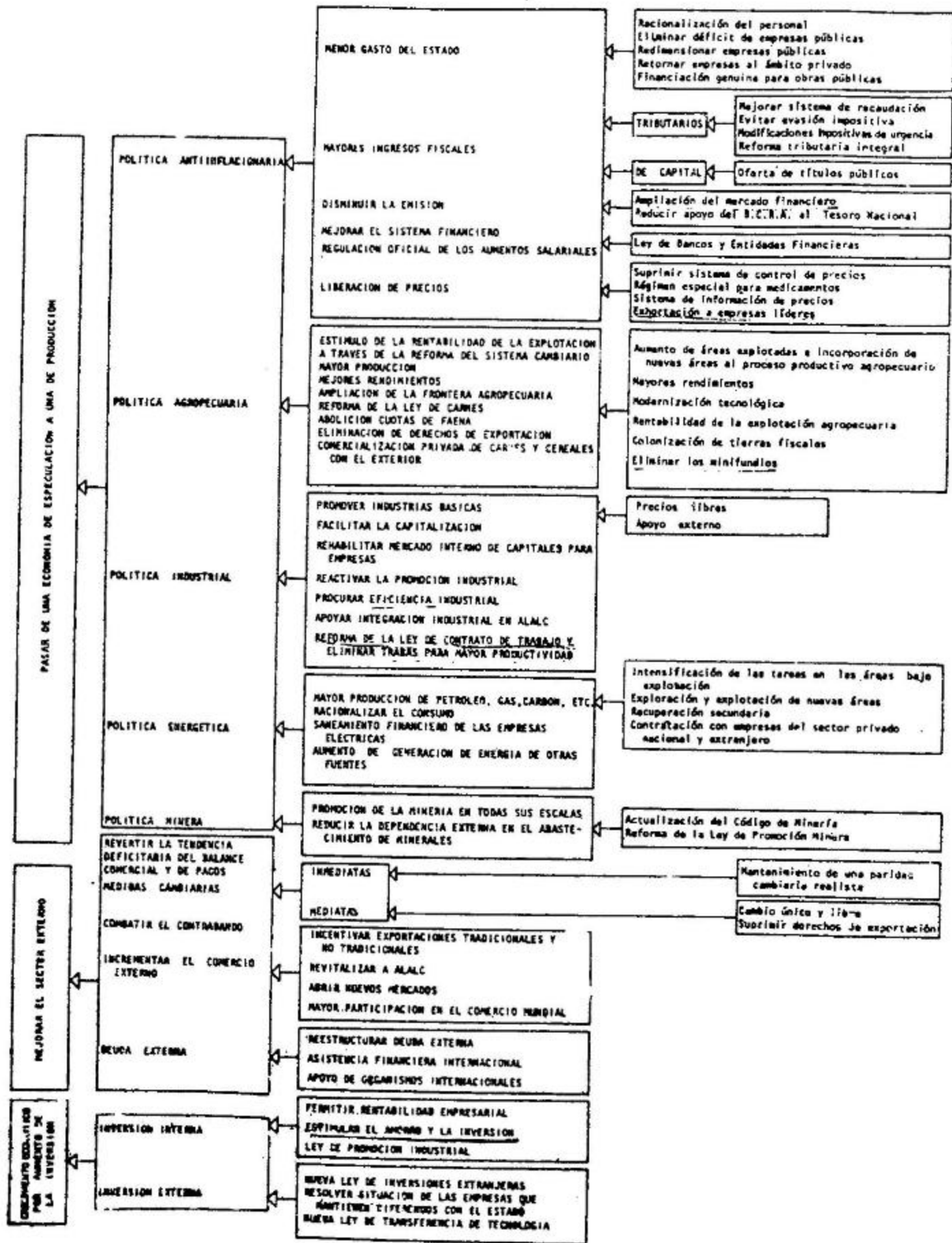
EVOLUCION SECTORIAL DEL PRODUCTO BRUTO INTERNO

AÑO 1977



Fuente: Banco Central

El Topo Blindado



REALIDAD Y PERSPECTIVAS DE LA CLASE OBRERA ARGENTINA

“Parece mentira, tener que venir a pedirle a un santo por trabajo; adonde hemos llegado. . . ”. El comentario, recogido por una agencia periodística durante la tradicional peregrinación obrera a la parroquia de San Cayetano, en Liniers, revela con más elocuencia que las estadísticas el nuevo rostro de la superexplotación a que está siendo sometida la clase trabajadora argentina: el rostro de la desocupación.

Hasta hace poco, la Junta Militar y su equipo económico —que redujeron a la mitad los salarios reales— se jactaban de los altos niveles de ocupación, presentándolos como compensatorios de las bajas remuneraciones. Para ello empleaban cifras basadas en criterios falsos, como el de una persona que trabaja un día por semana está “ocupada”. Pero, con todo, encontraban cierto asidero en la realidad. La desocupación crónica, que caracteriza a toda sociedad capitalista, no había alcanzado sus picos más altos, ni había crecido al mismo ritmo que el drástico deterioro salarial.

La ola de cesantías

Hoy, luego de los 20 mil despidos de trabajadores ferroviarios a comienzos del año y del reciente cierre de la General Motors, que arrastra al paro forzoso a unos 30 mil obreros y empleados vinculados a la industria automotriz, la desocupación masiva ha dejado de ser un fantasma para agregarse, como una nueva catástrofe, al panorama de miseria generalizada que vive el pueblo. La ola de cesantías y suspensiones abarca no sólo las plantas de automotores sino también las industrias metalúrgica y textil, afectadas por el generalizado proceso recesivo. Hubo despidos en masa en Mercedes Benz (donde se anuncia la inminente suspensión de 1.300 trabajadores) y la firma Peugeot redujo también su personal. La fábrica de tractores Deutz, por su parte, cesantó a 150 obreros y se propondría prescindir de otros 400. Otra fábrica de tractores, la Massey Ferguson, se aprestaría a suspender o despedir a mil obreros y tendría la intención de cerrar su planta de Rosario.

El Topo Blindado

mientras que la empresa del mismo ramo John Deere suspendió al 70 % de su personal (900 trabajadores) hasta el mes de noviembre.

En el área metalúrgica el caso más notorio es el de la firma Olivetti, que se desprendió en los últimos tiempos de 700 obreros y se propone cerrar su principal fábrica de máquinas de escribir. En la industria textil, un sondeo entre más de cien empresas que ocupan a 67 mil personas reveló que el 41% de ellas están aplicando restricciones laborales o se aprestan a hacerlo.

Causas y pretextos

“Reorganización interna”, “reacomodamientos”, “acumulación de stocks”, son algunas de las denominaciones técnicas con las que las empresas justifican las medidas causadas por la recesión. Un índice de la gravedad del proceso lo da el descenso del 46,80% en la producción automotor del primer semestre de este año con respecto al mismo lapso del anterior, que a su vez había sido un período de baja producción.

La crisis en el área de las máquinas agrícolas, que redujo tanto las ventas como la producción a menos de la cuarta parte de los volúmenes de hace un año, es atribuida a “la reducción del ingreso del agro, las altas tasas de interés, el elevado costo de los créditos oficiales para los productores del campo y el descenso de las exportaciones manufactureras”.

Paralelamente a este proceso estructural el gobierno redujo los aranceles de importación, de modo que la industria local que produce para el mercado interno va quedando desprotegida ante la alta competitividad de las firmas monopolísticas extranjeras. El dirigente empresario Daniel Roel Mora definió la situación como “el autodesalojo de la oferta de manufacturas de los mercados que ya había conquistado la industria nacional”.

Con el argumento de que se busca la modernización y la mayor eficiencia de la industria

local, la conducción económica de la Junta Militar desnacionaliza vastos sectores de la producción. Estos son controlados por empresas monopolistas extranjeras que adquieren las empresas argentinas “para hacerlas eficientes y competitivas” y en algunos casos son directamente cubiertos por la oferta directa desde las centrales o subsidiarias en el extranjero, al amparo de los bajos aranceles.

Los objetivos económicos y políticos

Este dismantelamiento de la industria local orientada al mercado interno, que comenzó con la brusca reducción del salario real y el consiguiente descenso del consumo (no sólo de la clase trabajadora sino también de amplios sectores de la clase media), continúa ahora con el cierre de plantas y la desocupación masiva.

En el plano estrictamente económico se trata de una política de superconcentración monopolista y de reconversión de los términos de la dependencia en base al desarrollo coyunturalmente exclusivos de la producción agrícola ganadera para la exportación. En un futuro próximo se trataría de impulsar las industrias de la alimentación y las extractivas (petróleo, minería, pesca), también en estos casos para la venta de la producción al exterior.

En el orden político el plan económico en marcha se propone una modificación sustancial de la estructura de clases de la Argentina. Busca así reformular las relaciones de poder y hegemonía en beneficio de una consolidación del dominio de la gran burguesía monopolista bajo nuevas reglas de juego sobre un nuevo tablero social. Este nuevo campo de maniobras estaría libre ya de la extendida burguesía media industrial y comercial, aniquilada o sometida por vía económica, así como de una clase trabajadora numéricamente poderosa, capaz de presionar a través de su acción sindical y política.

El Topo Blindado

El "reajuste" salarial

Toda expectativa de mejoramiento de la situación del pueblo en un plazo corto o mediano debe, pues, descartarse. Cada vez que las autoridades toman una medida relacionada con el nivel de vida de las masas muestran su absoluto desinterés por elevarlo. El mercado interno no juega por ahora un papel de importancia en los planes oficiales y el descontento popular parece ser otra variable considerada con relativa frialdad por el régimen.

Un ejemplo notable de esta conducta gubernamental lo da el reciente reajuste salarial de agosto, que "elevó" el sueldo mínimo a 60 mil pesos y amplió el "margen de flexibilidad" para que las empresas puedan incrementar los sueldos de convenio hasta un 75 0/0.

La medida no sólo careció de todo efecto apaciguador sino que produjo, según el lenguaje estereotipado del periodismo del régimen, "preocupación en el ámbito sindical".

El aumento del salario mínimo vital apenas beneficiaría, según los escribas de la Junta Militar, a un 5 0/0 de los trabajadores, que son los que perciben menos de 60 mil pesos (unos 75 dólares con el peso sobrevaluado). Recientes encuestas oficiales revelaron que las remuneraciones promedio de obreros y empleados en Buenos Aires alcanzaban en mayo pasado a 153 mil pesos mensuales y el mínimo no imponible —sinónimo de salario de subsistencia— fue fijado a comienzos del año por las autoridades en 190 mil pesos.

La autorización para que las empresas aumenten hasta el 75 0/0 sobre el convenio deja librado a la falta de voluntad de los empresarios cualquier incremento de sueldos y estimula su tendencia a pagar "en negro" parte de los salarios, sin posibilidad alguna de reclamos legales en caso de reducción de sueldos o de cálculos indemnizatorios. En el sector mercantil, por

ejemplo, las empresas se ajustan a los aumentos generales obligatorios, por lo que esta medida, como la anterior "flexibilización" (que era del 35 0/0), resulta absolutamente nula. Lo mismo ocurre en otras ramas de la actividad económica.

La prensa permitida razona cautelosamente: "Con el panorama recesivo existente (suspensiones de personal, cierres de empresas, despidos en masa) en los casos de las industrias textil, automotor y metalúrgica será difícil que los patrones aumenten los salarios si no los obliga el gobierno", ya que se ven apremiados por una fuerte retracción de las ventas que se traduce en desempleo".

Si tenemos en cuenta que esto ocurre en un país donde los precios aumentaron más de un 60 0/0 en los primeros siete meses del año tendremos una idea aproximada del lugar que ocupa dentro de la política oficial el nivel del consumo popular.

El conflicto portuario

El reciente conflicto sostenido por los trabajadores portuarios reveló la permanencia de la voluntad de lucha de la clase obrera en las condiciones más adversas y mostró asimismo que los períodos recesivos son lo menos favorables para la acción reivindicativa.

En medio de la ola de desocupación y contando con todos los demás elementos en su poder, el gobierno liquidó el movimiento abriendo el registro de personal. El movimiento no se pudo mantener ni se extendió pero, significativamente, produjo un éxito político póstumo: el gobierno, contra lo que había sostenido durante el movimiento, otorgó aumentos salariales escasos pero inesperados, como temiendo un remezón. A mediados de agosto dicho remezón se concretó y se informaba que las autoridades seguían sin poder solucionar las demandas salariales de los 3.500 estibadores, ma-

El Topo Blindado

rineros y personal de remolcadores del puerto de Buenos Aires.

Simultáneamente los trabajadores de la industria automotor declaraban el estado de alerta ante el cierre de plantas fabriles y la reducción de personal que los afecta. El gobierno respondió como acostumbra: con el secuestro de cinco dirigentes sindicales. Sin embargo, la solidaridad insinuada por los trabajadores de la electricidad de la provincia de Córdoba amenazaba con producir la primera reacción en cadena de protesta social contra el gobierno.

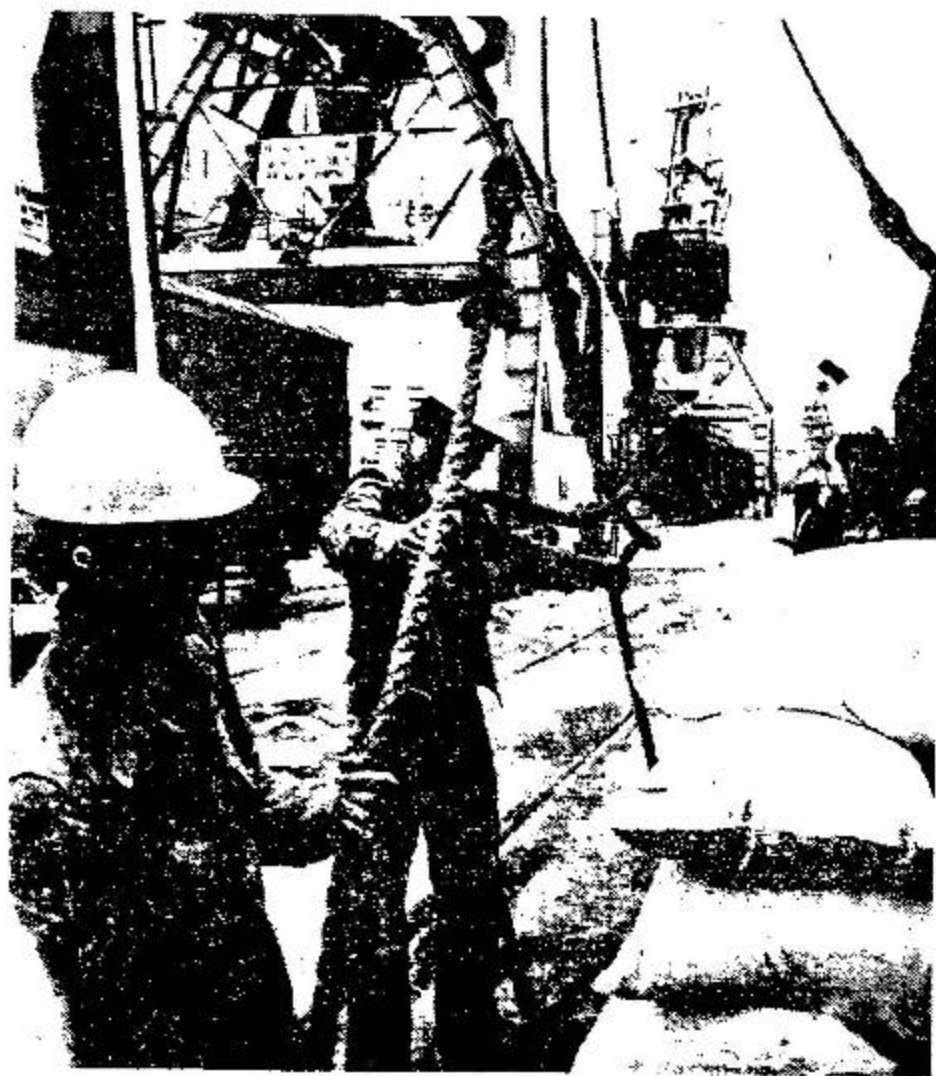
Una vez más quedó de manifiesto que hasta el más insignificante problema reivindicativo, en las actuales circunstancias que vive la Argentina, no tiene perspectivas de solución más que en el marco de una política global contra la dictadura, porque cualquier conflicto sin-

dical afecta al conjunto de su política y pone en movimiento todos sus resortes represivos.

¿Qué significa este panorama para la clase trabajadora argentina?

La situación actual

La última década de lucha de clases en la Argentina mostró una clara tendencia, interrumpida por el golpe militar de marzo de 1976, hacia la adquisición de una mayor autonomía e independencia de la clase trabajadora con respecto a las burocracias sindicales, las patronales y los gobiernos, tanto en el plano gremial como en el político. Este proceso, como decimos, fue interrumpido por la dictadura, pero no ahogado en su génesis, y se basa en una rica experiencia de lucha que condujo a la pérdida de consenso y hegemonía por parte de las conducciones bur-



El Topo Blindado

guestas en el seno de las masas.

Hoy, como durante la dictadura de Onganía, aunque bajo condiciones notablemente modificadas por la existencia de factores coyunturales y estratégicos diferentes, el problema central que debe afrontar y resolver la clase trabajadora argentina consiste, fundamentalmente, en la construcción de su partido.

Al igual que en el lapso entre mediados del 66 y mediados del 69 —en el que se fue gestando la nueva izquierda revolucionaria, que adquirió presencia pública aproximadamente a partir del cordobazo—, las masas populares soportan hoy una compacta ofensiva burguesa y carecen de las organizaciones de resistencia y lucha para enfrentarla y pasar a la contraofensiva.

El problema, a los revolucionarios, se plantea en términos análogos: hace falta un mayor contacto, una mayor inserción y un enraizamiento en la clase trabajadora por parte de las organizaciones de vanguardia; y se necesita también contar con una teoría de la acción política y sindical capaz de ligar las luchas reivindicativas a la disputa del poder, los objetivos inmediatos a los fines mediatos.

Sin embargo, la clase obrera y los grupos de la vanguardia revolucionaria cuentan con una fecunda experiencia acumulada en los últimos años de lucha. El desarrollo de corrientes clasistas en el movimiento obrero (CGT de los Argentinos, Sitrac-Sitram, Villa Constitución, las Coordinadoras, por citar sus experiencias más importantes), así como la constitución de organizaciones revolucionarias y el surgimiento de la lucha armada como alternativa al pacifismo reformista que imperaba hasta 1969, son procesos frenados pero no aniquilados ni neutralizados, de cuajo por el golpe militar y la represión subsiguiente.

La clase trabajadora ha sido fuertemente golpeada, sus mejores dirigentes detenidos o a-

sesinados, pero no ha sufrido una derrota histórica, de las que inauguran décadas de "paz social" burguesa.

Las organizaciones revolucionarias han sido desmanteladas por la represión en cuadros e infraestructura y siguen pagando las consecuencias del golpe militar y de sus propios errores y desviaciones, pero tampoco han sido aniquiladas como pretendía el régimen.

Entretanto la Junta Militar suspendió toda actividad política, directa o indirecta, partidista o sindical y a través de su plan económico redujo los salarios reales al 40 0/0. El gobierno no se limitó a empujar a la miseria a los trabajadores al tiempo que les negaba todo derecho sindical y político. En su tarea de reestructuración monopólica de la sociedad arrastró hacia una creciente pauperización a extensos sectores de las clases medias (pequeña y mediana burguesía industrial y comercial, profesionales, trabajadores independientes, etc.).

La resistencia

Frente a esta gigantesca represión económica, tanto o más grave por sus consecuencias sociales que la política, sólo se ha manifestado con claridad la voluntad de resistencia de los trabajadores.

Hoy es la clase trabajadora la única que puede ser consecuentemente antidictatorial, porque la única que no tiene nada que perder ni que temer de un colapso del régimen que amenace las bases del sistema.

Hasta los sectores burgueses más afectados por la consciente política oficial de restricción del mercado interno, ataque a la industria local y concentración monopólica, se muestran remisos a enfrentar al régimen con una política alternativa.

En medio del terror y la persecución, a pesar de la colaboración de un amplio sector

El Topo Blindado

de la burocracia sindical con el gobierno, los trabajadores han protagonizado luchas cuyo aislamiento y discontinuidad no ocultan, sin embargo, la persistencia de una sólida oposición a la superexplotación capitalista impulsada por la Junta Militar.

Tanto las perspectivas económicas como las políticas del régimen, a corto y mediano plazo, indican que la superexplotación continuará, que no habrá un deshielo ni a nivel salarial ni a nivel de libertades públicas para la clase trabajadora, aunque pueda darse eventualmente la pregonada apertura condicionada a determinados políticos burgueses.

Las condiciones que podríamos llamar objetivas, entonces, son de mayor descontento y oposición por parte de la clase trabajadora frente al régimen. Un posible reflotamiento de la burocracia sindical encontraría agudizado un viejo problema: el de que no hay nada que ofrecer ni negociar. Y otro adicional: el de que una apertura de los derechos sindicales de los trabajadores en las actuales circunstancias tendría efectos mucho más intensos que en cualquier época anterior, tanto por la enriquecida experiencia de la clase trabajadora como por los niveles de opresión a que se la está sometiendo.

La crisis del campo popular

Es en este marco de contradicciones que es preciso ubicarse para encarar la solución de la crisis organizativa, ideológica y política que padecen la clase obrera y los grupos revolucionarios.

Los trabajadores no ven, en el panorama general del país, alternativa válida alguna frente a la ofensiva que los afecta, como no sea la de la resistencia para la supervivencia. El campo revolucionario, frente al necesario balance autocrítico, parece oscilar entre un triunfalismo que reivindica todo el pasado, aunque se encubra con un "mea culpa" formal, y un "borrón y cuenta nueva" que anula todos los elementos positivos

de su reciente experiencia, malogrando la imprescindible síntesis dialéctica superadora.

Han vuelto a surgir, así, dos típicas desviaciones: el reformismo en sus diversas versiones (socialdemócrata o populista) y el purismo proletarista a ultranza.

El primero tiende a enterrar no sólo el hacha de la guerra sino hasta los principios y las conquistas ideológicas y políticas que tanta sangre y sufrimiento costó adquirir en la clase obrera y sus sectores de vanguardia. Sugieren la necesidad de postergar la independencia de clase y la lucha revolucionaria contra el sistema y sustituirla por un seguidismo de la burguesía y sus alas más débiles y claudicantes tras un programa democrático de "frente popular" que nunca tuvo vigencia en la Argentina y que hoy es una pieza de museo en todo el mundo.

Otra variante, en última instancia reformista, es la versión del populismo: mantener la oposición violenta al régimen —lo que lo ubica en la primera fila del frente de choque contra la burguesía— pero concentrando la atención en la disputa de la hegemonía y de la conducción movimientista, retrocediendo a etapas ya superadas por la experiencia de las propias masas. Ninguna propuesta para el conjunto de la clase y del pueblo como no sea la de incorporarse a un movimiento cuyos límites han sido ya desbordados hace tiempo por la lucha. Ambas vertientes reformistas desembocan inevitablemente en la misma vía. La vieja vía conciliadora que sólo produce renovados engaños y derrotas y ningún avance real de las fuerzas obreras y socialistas.

Los ultraizquierdistas, por su parte, se plantean como primero y en la práctica último paso (porque nunca llegan a darlo), la constitución del partido obrero revolucionario. Para ello reniegan de la vinculación de esa tarea con la lucha general de todo el pueblo, incluyendo a la clase obrera en su conjunto y a amplios sec-

El Topo Blindado

tores de las clases medias, contra la dictadura militar. La lucha democrática se les aparece como una amenaza de absorción burguesa y una vez más se autocondenan a prolongar el aislamiento que todos sufrimos. Formulan una política, propuesta y programas que en realidad van dirigidos a las propias vanguardias, en lugar de convertirse en instrumentos para la movilización y la lucha de las masas. De ese modo terminan encerrándose en sí mismos, incapacitándose para influir en el desarrollo de las luchas reales. De ese modo, la construcción del partido, que es un objetivo político, una meta, se pretende convertirla en una consigna de movilización que, en la práctica, las masas ignoran.

La tarea hoy

Por el contrario, para construir el partido es preciso darse una política de masas, sin la cual todos los embriones desaparecen sin haber dejado nunca de serlo.

El problema se plantea entonces en torno a cuáles son los términos de unidad política de la clase obrera en las presentes circunstancias.

No cabe duda de que hoy la consigna política movilizadora de las masas trabajadoras argentinas no es ni la construcción del partido en abstracto ni la formación de un "frente popular" a la cola de la burguesía, ni la obtención de la hegemonía dentro de un movimiento en descomposición cuya característica de los últimos años es que invariablemente las ha defraudado.

Hoy, la consigna movilizadora de las masas trabajadoras argentinas es la lucha contra la dictadura y todas sus variantes y salidas. Debemos plantearnos encabezar esa lucha fijando como meta la conquista de una democracia con participación protagónica del proletariado, una democracia inestable en transición, jaquada por las masas, que libere a los presos políticos, mo-

difique la política económica en favor del bienestar del pueblo, devuelva los sindicatos y reabra la vida política sin discriminaciones.

Pero no es por este programa y por estas consignas que nos vamos a diferenciar de la burguesía y de los sectores conciliadores y reformistas, sino por la forma de llevarlas a la práctica, por el contexto en que dichas consignas y programas cumplen su función movilizadora. No importa, pues, que levantemos los mismos puntos que la burocracia sindical o algunos políticos burgueses, porque no es una cuestión de programa, sino de perspectiva. Nosotros queremos el poder para la clase obrera y para ello la construcción y la consolidación de sus organismos políticos autónomos, y no vamos tras la ilusión de que la burguesía se va a encargar de abrirnos el camino de su democracia para permitirnos crecer y fortalecernos.

Por eso es que el frente antidictatorial debe serlo contra toda variante de la dictadura, adopte la forma que adopte, y no contra el actual elenco gobernante.

La línea proletaria se daría así dentro de la lucha democrática y antidictatorial y no fuera de ella, ni dejándole la tarea a los enemigos de los trabajadores, para que ellos se ocupen de cumplirla en beneficio nuestro.

Evitamos así la escisión programa mínimo-programa máximo, que casi siempre conduce a que la línea proletaria no sea de masas. La línea de vanguardia debe ser un instrumento para organizar a las masas y no para organizar a la vanguardia.

En las fábricas, y otros centros de trabajo, en los barrios y en las entidades populares, ¿Comités de Lucha Antidictatoriales, o Comités de Lucha Reivindicativa y Salarial, o acaso Comités Revolucionarios?

Sin duda alguna Comités de Lucha Anti-

El Topo Blindado

dictatoriales.

¿Que la lucha hoy se mueve preferentemente en el plano reivindicativo?

Precisamente, de eso se trata entonces. De que los Comités Antidictatoriales conduzcan y organicen la lucha salarial, por mejores condi-

ciones de trabajo, por la recuperación de los sindicatos, junto con la lucha contra la represión, por elecciones libres, etcétera. Porque hoy, en la Argentina, la lucha salarial y reivindicativa es de hecho una lucha antidictatorial, la que más cotidianamente sienten los trabajadores.

Ricardo Salinas.

Bolivia:

Los Límites de la "Democracia Viable"

Los recientes acontecimientos bolivianos —el proceso electoral, la victoria popular y el escamoteo de esa victoria— constituyen, sin lugar a dudas, la experiencia política más importante ocurrida en los últimos meses en el cono sur latinoamericano. Una experiencia que no sólo sirvió para demostrar la combatividad y claridad de objetivos del movimiento popular boliviano, sino también para desenmascarar la "nueva política" del Departamento de Estado norteamericano —la de la llamada "democracia viable"— para los países actualmente sometidos por regímenes militares totalitarios.

Ni el dictador Hugo Bánzer ni el Departamento de Estado —muy activo en los últimos meses en "maquillar" dictaduras— podían, sin embargo, haber previsto los resultados de su "estrategia" para Bolivia, porque una cosa son los planes que trazan los grupos de poder para seguir protegiendo sus intereses y otra, muy diferente, es la realidad, aquella que confrontan los pueblos.

Nadie duda acerca del importante papel que jugó Washington en el proceso boliviano.

No fue casual que el primer anuncio sobre el adelanto de las elecciones presidenciales, inicialmente previstas para 1980, hubiese sido formulado por el propio Presidente Jimmy Carter. Tampoco fueron casuales las constantes "advertencias" del Departamento de Estado acerca de la necesidad de un proceso electoral limpio, como tampoco lo fue la tácita condena norteamericana al fraude montado por los militares bolivianos.

Y es aquí donde surgen las preguntas. ¿Por qué la presión norteamericana tuvo éxito en la República Dominicana, donde los militares se vieron obligados a dar marcha atrás en su proyecto golpista para reconocer la victoria de la oposición? ¿Por qué no se respetó el voto popular boliviano? ¿Por qué se anularon las elecciones? Y la respuesta surge con bastante claridad: porque la Unidad Democrática Popular, que postulaba a Hernán Siles Zuazo —y ganadora absoluta en los comicios—, no garantizaba la "democracia viable" buscada por Washington. No era, en definitiva, el gobierno de recambio que promoviera el "cambio" para que no cam-

El Topo Blindado

bie nada. Los límites de la "democracia viable" propuesta por Carter, que comenzaron a vislumbrarse durante la crisis nicaragüense —¿promovería Carter la caída de Somoza para permitir el acceso al poder del sandinismo?—, quedaron, en el ejemplo boliviano, completamente definidos.

Está claro, pues, que lo que busca Washington, antes que alentar la democratización en el continente, es proteger sus intereses estratégicos, para lo cual precisa deshacerse de las gastadas dictaduras militares —rechazadas por capas sociales cada día más amplias— y suplantarlas por gobiernos "viables" que congelen los procesos populares en continuo ascenso y posterguen la cada vez más cercana explosión de los pueblos.

Un dictador en apuros

Pero, Bánzer, al adelantar los comicios para 1978, no sólo accedía a las presiones norteamericanas. Estas se ejercían sobre el dictador precisamente porque la situación social boliviana amenazaba con una explosión. Un "boom" económico —que costó a Bolivia la cuatuplicación de su deuda externa—, cuyo único beneficiario fue la clase alta, la implementación de los planes del Fondo Monetario Internacional —devaluación de la moneda en un 66 por ciento— y la entrega de los recursos naturales a la voracidad de los consorcios extranjeros, ahondaron la crisis social interna. Amplios sectores sociales, no sólo obreros, sino también campesinos y de capas medias, fueron los afectados por esa política, y como ningún cuerpo social es impermeable a una crisis, las propias Fuerzas Armadas sintieron la necesidad de aplicar correctivos.

Pero ya era demasiado tarde. Bánzer no sólo había perdido su base social de sustentación, sino también la militar. Fue así que no pudo imponer su candidatura a la presidencia y se vió obligado a crear la ficción de Juan Pereda, con el único fin de ceder la administración para conservar el poder.

El "proyecto de institucionalización" ela-

borado por Bánzer fracasó también en otros ámbitos. Su "amnistía política", destinada a permitir el retorno de algunos exiliados para dar cierta apariencia de pluralismo a la contienda electoral, chocó con la vigorosa resistencia popular, que —traducida en una imponente huelga de hambre de miles de personas— consiguió el retorno de todos los exiliados. El control gubernamental sobre los sindicatos se desmoronó como un castillo de naipes cuando los trabajadores, sin esperar las nuevas reglamentaciones, echaron a los "coordinadores" —"dirigentes" a sueldo designados por el gobierno— e impusieron a sus propios líderes.

La derecha, persuadida de que siete años de dictadura habían sido suficientes para "borrar del mapa" el "desorden y la anarquía", contemplaba azorada el avance del movimiento popular y sin poder articular ninguna alternativa viable para conservar el poder, desconcierto que se tradujo en la presencia de tres candidaturas militares: la de Pereda (apadrinada por Bánzer), la del general René Bernal (Democracia Cristiana) y la del coronel José Patiño Ayoroa (Falange Socialista Boliviana, que finalmente llamó a la abstención).

La izquierda, por su parte, avanzó en su organización, tanto en el frente político como en el sindical. Y así nació el Frente de Unidad Democrática y Popular, integrado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNRI), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el Partido Comunista de Bolivia (PCB) y el Partido Socialista Boliviano (PSB), partido este último que se fracturó cuando el frente inició conversaciones con Víctor Paz Estenssoro —candidato del Departamento de Estado y de la "derecha inteligente"— para su incorporación. Marcelo Quiroga Santa Cruz rechazó tales conversaciones, por considerar que la presencia de Paz Estenssoro desvirtuaba el carácter del Frente, y concurrió solo a los comicios. (Las conversaciones con Paz Estenssoro fracasaron a último momento, al negarle el frente el papel hegemónico que le exigía).

Desde un comienzo el fraude se hizo pre-



sente en el proceso electoral. Con todos los medios del Estado a su disposición —desde el dinero hasta los transportes—, Pereda —que conformó un frente a base de desprendimientos de diversos partidos— lanzó su campaña ante una opinión pública estupefacta que jamás había presenciado semejante despliegue publicitario en proceso electoral alguno. Pereda recorrió el país a bordo de aviones de la Fuerza Aérea, soldados y oficiales fueron sus “activistas” y los millones de pesos proporcionados por los grandes empresarios mineros y la oligarquía agro-industrial cruceña, el capital para comprar conciencias. La televisión (Bolivia tiene un sólo canal, que es estatal) fue puesta al servicio del candidato oficial (la oposición era mencionada sólo para ser atacada) y los diarios bolivianos se encargaron de mostrar la diferencia entre la millonaria candidatura oficial y la pobreza de las opositoras: por cada página de aviso de una candidatura opositora había veinte en favor de Pereda.

Los candidatos opositores fueron impedidos de ingresar a las zonas rurales (setenta por ciento de la población electoral) y sus concentraciones y mítines fueron disueltos a tiros y gases lacrimógenos. Mientras Pereda distri-

bua camisas, pantalones, suéters, lápices, llaveros, pelotas de color verde —tal el color de su papeleta de sufragio—, la oposición debía contentarse con la propaganda mural, la pintada con aerosol.

Pero esto apenas era el comienzo. Porque los millones y el apoyo oficial no fueron suficientes para darle la mayoría a Pereda.

El escándalo

El montaje había sido perfecto. Bánzer hasta se dio el lujo de solicitar a la Organización de Estados Americanos el envío de observadores para que certificaran la “pureza” del acto electoral.

Pero poco le importó al gobierno la presencia de éstos y otros observadores cuando comenzó la avalancha de votos en favor de la oposición, y dentro de ella el Frente de la Unidad Popular. Fue cuando los militares comenzaron a arrebatarse urnas para suplantar los votos, a destruir actas para eliminar los testimonios de su derrota, adulterar resultados al punto que muchos distritos terminaron con más votos que electores y, finalmente, en el colmo del escándalo, a restarle resultados a la oposición —como

El Topo Blindado

ocurrió en el departamento de Potosí— para sumárselos al oficialismo.

El fraude fue de tal magnitud que los propios observadores de la OEA tuvieron que reconocerlo y denunciarlo.

Bánzer, que veía la situación insostenible —tanto interna como externamente—, se dispuso a promover su última jugada: la anulación de los comicios y la convocatoria de una nueva elección, en la que, obviamente, Pereda no tendría nada que ver.

La Corte Electoral, en lugar de anular los resultados de aquellas mesas donde hubo fraude, en lugar de rechazar las urnas violadas y en lugar de impugnar las actas suplantadas, decidió anular todo el acto comicial. La medida, aplaudida por el Departamento de Estado —que expresó su “confianza” en la corrección de las próximas elecciones—, fue incluso bien recibida por sectores de la oposición que muy tarde se dieron cuenta de que lo que se trataba en realidad era de impedir el acceso del Frente de la Unidad Democrática y Popular al poder.

Pereda, al darse cuenta de que en el nuevo proyecto de Bánzer sería marginado, optó por el golpe, en un acto que, sin embargo, apenas llegaba a ser el corolario de una situación definida. Con Pereda o una junta militar en el poder, el gobierno que sucedía a Bánzer debía tener una sola misión: impedir el acceso popular al poder.

El Departamento de Estado, que en este caso no pudo ser coherente con su política de derechos humanos sin correr el riesgo de abrir las puertas del poder a un gobierno antimperialista, escenificó una serie de actitudes, que los “observadores” rápidamente catalogaron como pruebas de la supuesta contrariedad de Washington por el golpe de Estado. . . Diez días después, Washington reconoció formalmente al gobierno de Pereda y las amenazas iniciales sobre la revisión de la ayuda económica a Bolivia quedaron en el aire, por aquello de que la ayuda que proporciona Estados Unidos “beneficia a los sectores más necesitados. . .”.

Pereda, que logró apoyo militar para el golpe agitando la bandera anticomunista, evitó ciertamente el acceso del Frente Popular al poder, pero su situación es tremendamente débil, pues tiene en su contra incluso a aquellos sectores cuyos intereses procura defender. De otra manera no podría explicarse la oposición de la Democracia Cristiana y de Paz Estenssoro, cartas ideales del Departamento de Estado, que la derecha boliviana malbarató por su miopía política.

Pereda cree y ha dicho que llegará hasta 1980. Pero esa es una apuesta muy difícil de conseguir en un país que, después de siete años de férrea dictadura, resultó ser mayoritariamente izquierdista.

Por Juan Quispe

El Nuevo Ascenso del Movimiento Obrero en Brasil

En el día 12 mayo, por demandas de aumentos salariales, los obreros de la fábrica automotriz Saab-Scania dieron inicio a un movimiento de huelga que acabó sorprendiendo a los propios obreros. En pleno corazón de la industria brasileña, en la región del ABC en el Estado de Sao Paulo, eje donde están concentradas las principales fábricas de la industria automotriz de propiedad multinacional, la huelga se extendió como reguero de pólvora. En pocos días, se habían sumado al conflicto 10 mil obreros de la Ford, 4 mil de la Mercedes-Benz, 5 mil de la Volkswagen y miles más de diversas fábricas vinculadas directa o indirectamente a la industria automotriz. Una semana después de iniciado el conflicto el contingente de huelguistas ascendía a 60 mil hombres y al final del mes a, aproximadamente, 75 mil, con la paralización de más de 60 fábricas.

Las demandas fueron ampliadas: además del aumento salarial del 25 % los obreros pasaron a exigir nivelación salarial para el mismo tipo de trabajo y, además, ninguna re-

presalia o despido a cualquier obrero que tenga participación en el conflicto.

Con excepción del porcentual exigido para el aumento, que varió en alrededor del 20 %, todas las demandas fueron atendidas.

¿Cómo puede explicarse tal fenómeno si en los últimos 10 años la clase obrera de Brasil se encontraba, aparentemente, alejada del escenario político nacional? ¿A pesar de la sorpresa causada en los propios obreros, sería este un movimiento caracterizado por acciones puramente espontáneas? Veamos eso.

A partir del golpe militar de 1964, la política laboral de la dictadura pasó a girar en torno a dos puntos básicos: de un lado, la contención salarial propugnada por el FMI, que significó un deterioro continuo y sostenido de las condiciones de vida del proletariado; y de otro, la ley anti-huelga, que impedía cualquier posibilidad de respuesta más consecuente de la política salarial basada en la superexplotación.

El Topo Blindado

Hasta el año de 1968, sin embargo, a pesar de toda la represión existente en el país, las disputas internas en el seno del bloque en el poder y la intensa lucha de clases marcadas, principalmente, por manifestaciones estudiantiles y de otros sectores pequeñoburgueses, la dictadura todavía no había podido asentar sólidamente las bases de su dominación.

La dictadura no tuvo, en el momento, otra alternativa sino de conceder un aumento de emergencia del 10% a todos los trabajadores del país, pero, al mismo tiempo, desató sobre la clase obrera todo el peso de la represión: los principales líderes fueron detenidos, los sindicatos intervenidos y millares de trabajadores despedidos de sus trabajos. En diciembre de este mismo año, la dictadura editó el "Ac-

DECLARACION DE LOS OBREROS.

"Una cosa espectacular es la disciplina de la gente. Las máquinas empezaron a parar una tras otra. La gente quedó paralizada, en silencio. Fue sorprendente y espectacular. Y todo eso se realizó en una cierta inseguridad, pero en perfecto orden y disciplina" . . .

"El gran organizador de la huelga fue el hambre. Es la situación de miseria que nos exige rebasar todas las leyes impuestas en contra de nuestros intereses y exigir nuestros derechos" . . .

"No es una ley o algunas hojas escritas que van impedir que el obrero luche por salarios, luche por su interés específico. Para que las leyes sean cumplidas es necesario que haya un instrumento que las garantice. La cuestión jurídica es una cuestión de fuerzas" . . .

En ese contexto, los obreros metalúrgicos de Osasco y Contagem, ciudades ubicadas en los Estados de Sao Paulo y Minas Gerais, respectivamente, desesperados con la política de contención salarial, se lanzaron a una huelga que marcó época en el país y en la historia del movimiento obrero brasileño. "El hambre es nuestro líder", decían los obreros y con consignas en contra de la política laboral de la dictadura, demandaban aumento salarial y autonomía de las organizaciones obreras frente al Estado.

ta Institucional n.º. 5", instrumento que concede poderes dictatoriales al presidente de la República y que sentó las bases de una política represiva sin precedente en la historia de Brasil.

Las banderas de entonces, como la autonomía de las organizaciones obreras frente al Estado y la supresión de la política laboral de la dictadura se han constituido, para la clase obrera, en las consignas que, a lo largo de estos últimos 10 años de lucha y enfrentamiento con

El Topo Blindado

la dictadura, le han permitido unificar y organizarse. De las jornadas del 68 han surgido las "comisiones de fábrica" y las "oposiciones sindicales", formas organizativas nuevas, capaces de posibilitar el enfrentamiento con el sindicalismo oficial integrado al Estado.

En ese sentido, la huelga de este año sólo puede ser entendida como una prolongación de aquella experiencia histórica iniciada hace 10 años y que ha seguido un curso a través de innumerables luchas desarrolladas en forma aislada en el interior de las fábricas. En esas luchas, que se intensificaron a partir de la crisis económica de los años 73-74, los obreros han aprendido las lecciones del pasado. Iniciando su lucha primeramente a través de "paros parciales" y "operaciones de tortuguismo" el proletariado avanzó en el sentido de consolidar su unión y organización, en el sentido de acumular fuerzas para utilizarla en el momento más apropiado.

Retomemos la huelga actual, a fin de examinar las consecuencias que este movimiento traerá para el conjunto de la clase obrera brasileña.

En primer lugar, derrotando en la práctica a la ley anti-huelga, el proletariado de Sao Paulo ha demostrado que conoce la potencialidad de sus fuerzas y, principalmente, que conoce el momento más adecuado para ponerlas en acción. Aprovechándose del espacio abierto por la progresiva reanimación del movimiento democrático y popular en contra de la dictadura, los obreros huelguistas imposibilitaron la acción represiva del gobierno y conquistaron, por la fuerza, el derecho de huelga suspendido en el país desde 1964.

En segundo lugar, lanzándose en contra de la legislación que determina el papel del Estado como intermediador de los conflictos laborales, la clase obrera conquistó, desde una posición de fuerza, o sea, con las máquinas

paralizadas, el derecho de negociación directa con los capitalistas, haciendo regresar para el interior de la fábrica, la vieja lucha entre el capital y el trabajo.

En tercer lugar, con la conquista de un aumento salarial extraordinario — fijado alrededor del 25 0/0 — los obreros metalúrgicos de Sao Paulo dieron un golpe casi de muerte a la base misma de sostenimiento de toda la política económica de la dictadura a favor del gran capital: la contención de los salarios, realizada por medio de reajustes fijados unilateralmente por el gobierno, siempre por debajo del costo de la vida.

Por último, la conquista de ninguna represalia o punición a los obreros huelguistas, enseña que el movimiento hizo temblar a la dictadura, haciéndole reconocer su incapacidad real de reprimirlo. La incapacidad demostrada por la dictadura en resolver el conflicto vía represión, método tantas veces utilizado en el pasado, incluso en casos de menor importancia política que una huelga obrera, indica, por otro lado, el grado de debilidad política en que se encuentra la dictadura.

Después de 4 años de crisis económica, de crecientes divergencias entre las varias fracciones burguesas que conforman el bloque en el poder y, sobretodo, por el avance progresivo del movimiento obrero y popular, este movimiento necesita ser comprendido en su real dimensión a fin de que sea encauzado hacia otras luchas de carácter más profundo, objetivando el derrumbe definitivo de la dictadura militar.

Para eso, es fundamental que las actuales limitaciones reivindicativas del movimiento — centradas en la lucha por una organización autónoma y por mejores condiciones salariales — abran espacio para la lucha política, para la lucha no sólo en contra de la dictadura, sino también en contra del capital. El avance

El Topo Blindado

del movimiento obrero para profundizar su **intervención en la lucha política, en última instancia**, significa su lucha por ejercer una política revolucionaria, su lucha por construir su propio partido, su lucha, en fin, por conquistar el poder. Sin embargo, para que tal cosa sea viable, es necesario, en la actual coyuntura, que la clase obrera estreche más y más sus lazos de unión

con el conjunto del movimiento democrático y popular, de manera que el proletariado industrial se transforme en el centro unificador y dirigente de la lucha democrática y popular en contra de la dictadura militar y en favor de una sociedad socialista.

— *Debate proletario* —
3 de agosto de 1978.

Nota de redacción;

Los diarios del 10 de agosto trajeron la noticia de una marcha que obreros de cuatro provincias realizarán sobre Brasilia, exigiendo la restitución del derecho de huelga (cuya anulación fue uno de los pilares de la dictadura brasileña). Este hecho demuestra la justeza del análisis precedente, y la importancia que tiene para los trabajadores del cono sur, el despertar de los obreros brasileños.

Nicaragua:

Operativo del F.S.L.N.

La dura crisis por la que atraviesa el régimen de Anastasio Somoza, el auge del movimiento revolucionario y la lucha cotidiana de los trabajadores, ha permitido un mayor grado de concientización en todos los sectores populares nicaragüenses, lo que viene a facilitar un alto nivel de organización en éstos.

Los 16 años de lucha constante del F.S.L.N., han permitido un mejor asimilamiento de toda la experiencia revolucionaria, que viene a redundar en una mejor estructuración y un alto desarrollo político y militar ya demostrado con la toma del Palacio Nacional, por el Comando "Rigoberto López Pérez" (héroe nicaragüense que ajusticiara al padre del actual dictador); dicho operativo llevaba el nombre de Muerte al somocismo, "Carlos Fonseca Amador", líder y fundador del F.S.L.N., asesinado por la G.N. el 8 de Noviembre de

1976.

El éxito obtenido por el Comando es el habersele concedido la mayor parte de las demandas, en la que sus objetivos principales eran: darle un golpe político y militar a la tambaleante dictadura somocista, la liberación de todos los prisioneros políticos y la publicación de partes de guerra en todos los medios informativos del país, así como el de provocar un debilitamiento más a la dictadura y a la vez crear las condiciones necesarias para una insurrección nacional que conllevará al exterminio del somocismo.

El operativo permitió dar a conocer a nivel internacional la lucha a muerte que libra el pueblo nicaragüense en contra de la dictadura más antigua de América, que sigue siendo patrocinada por el Imperialismo Norteamericano. La lucha sin tregua

El Topo Blindado

que hoy se desenvuelve en Nicaragua nos da a luz que está en la recta final, aunque el somocismo siga luchando contra el tiempo.

En uno de los comunicados del F.S.L.N., se hace un llamado de alerta al pueblo de Nicaragua, ante un posible diálogo con Somoza, que pretenden llevar los sectores más reaccionarios de la burguesía. El fin de este diálogo es crear un somocismo sin Somoza, que les vendría a asegurar sus futuras inversiones de capital.

Por otra parte el F.S.N.L., hace un llamado a todas las organizaciones progresistas y revolucionarias del mundo para que se pronuncien en contra del actual régimen nicaragüense y para que presionen a sus respectivos gobernantes a participar en el aislamiento total del somocismo, lo que contribuirá a la liberación de Nicaragua.

El F.S.L.N., propugna por un Gobierno Revolucionario Democrático y Popular donde puedan participar todos los sectores revolucionarios y progresistas del país.

FRENTE SANDINISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL.

Comisión Exterior

El Término de Unidad Política de la Clase Obrera Argentina Hoy

Este es el tema decisivo de la polémica del socialismo revolucionario. Pero creemos que no puede ser encarado sin ubicarlo, previamente, en el contexto de dos crisis: la de la clase dominante argentina y la del propio movimiento obrero. Por ahí vamos a empezar.

I.— *La crisis del movimiento obrero argentino.*

En "Lucha Democrática y Hegemonía Proletaria" —octubre 1977— se intentó analizar el desarrollo de la lucha de clases y las fuerzas revolucionarias desde 1969 hasta las vísperas del golpe. Puestos a sintetizar las conclusiones de ese ensayo, anotamos:

Crisis de 1969

A.— Fracaso económico y político del primer programa orgánico de la granburguesía en la Argentina. Importancia *decisiva* de las contradicciones internas del bloque en el Poder, en la creación de las condiciones para la lucha de masas. Importante papel de la burguesía interior y de la pequeñoburguesía en el frente espontáneo contra la dictadura, cuya línea de avanzada estuvo ocupada por el proletariado del interior.

B.— Determinación de, en qué medida, el desarrollo de una línea puramente obrerista, confiada al "sindicalismo de liberación" y la lucha armada impidió, por un lado, que la avanzada obrera se erigiera en hegemónica dentro del frente de masas, y además, provocó el paulatino aislamiento de esa avanzada respecto de sus propias bases. La incapacidad para resolver una *línea de masas*, y articular en el proceso de avance generalizado, las tareas de

construcción de los destacamentos proletarios con la configuración de una alternativa de masas, dejó pasar la oportunidad. En consecuencia, ya en 1971, la burguesía estaba en condiciones de montar sobre el movimiento una "salida" electoral garantizada, desde el punto de vista de los intereses dominantes, por el liderazgo indiscutible de Perón.

Crisis de 1973.

A.— Las posibilidades de desarrollo real de las fuerzas productivas bajo el capitalismo dependiente argentino, empiezan a agotarse en la crisis de 1952. Con breves períodos de expansión y recesos más prolongados, la Argentina vive una crisis económica estructural. En esta situación se ha ido estrechando más y más el margen de maniobra política de la clase dominante. De todos modos esto no es absoluto al grado de impedirle a la burguesía recurrir a salidas más o menos "democráticas", sobre la base de distintas alianzas. De hecho, sólo en 1976 la granburguesía se decide a imponer un régimen terrorista abierto y exclusivo. En las dictaduras militares anteriores no faltó algún recurso de consenso: la "Revolución Libertadora" gozó del apoyo de la pequeñoburguesía y levantó el emblema del retorno a la normalidad constitucional; la caída de Frondizi trató de montarse sobre la ficción de la continuidad del gobierno constitucional; finalmente el golpe de 1966 contó, al menos, con la neutralidad expectante de todas las fuerzas políticas y sindicales, sobre la base de un programa de "modernización". La historia de la segunda mitad de este siglo demuestra que la crisis económica condiciona las "salidas" políticas de la burguesía, recorta su capacidad de engaño y agudiza la tendencia a la represión, pero sin que forzosamente el ejercicio irrestricto de su dictadura abierta tenga carácter permante. En los hechos, la apertura democrática de 1973 es arrancada a la dictadura por las masas en ascenso, pero no se logra sino en el momento en que el movimiento ya resulta hegemónico por Perón y la burguesía monopólica interior, y de hecho, garantizados los intereses fundamentales de la granburguesía y el Imperialismo. En el análisis referido se distinguen dos momentos dentro del proceso de transición que va de 1969 a 1973: 1o.— El frente espontáneo contra la dictadura, cuya avanzada es la clase obrera industrial del interior. Es el momento de la bancarrota del proyecto de la Revolución Argentina y de rápida descomposición interna de la dictadura. 2o.— Segunda fase, donde simultáneamente la clase obrera se aísla y radicaliza, y a su vez, la burguesía va ganando la dirección del movimiento por un doble cambio de carácter: su copamiento por Perón —en lo que tiene mucho que ver la gravitación de las masas obreras de la Capital—, y el fenómeno de las "pobladas". Ya en esta situación se montan las elecciones de 1973 y el programa inmediato del gobierno peronista.

B.— Ya en ese momento, las fuerzas revolucionarias habían dejado pasar el momento de construir una alternativa independiente, y a su vez,

El Topo Blindado

vivían un proceso de crisis interna—que para muchos tomaba la forma de “crisis de crecimiento”—. De todos modos se enfrentan a las elecciones de marzo de 1973 sin posición alguna, y con recursos de interpretación claramente inadecuados. En efecto, el carácter estructural y crónico de la crisis capitalista en la Argentina, puso en claro la incapacidad del sistema para desarrollar las fuerzas productivas más allá del límite alcanzado, y el hecho de que la independencia respecto del Imperialismo sólo era posible en el curso de una revolución socialista. Así el carácter socialista de nuestra revolución, sin etapas intermedias, es una de las definiciones iniciales de la intelectualidad revolucionaria. Pero pareciera que esa generalización, sustancialmente correcta, de alguna manera con su evidencia, los momentos y virajes por los que necesariamente tiene que transitar el proceso prolongado. Las elecciones de 1973 toman por sorpresa a los revolucionarios socialistas que, privados de una alternativa propia e independiente, tienden en general a refugiarse en los principios y a marginarse aún más del proceso real de las masas. En esta coyuntura difícil había que resolver en términos políticos concretos qué posición impulsaba el desarrollo de las mejores condiciones para la continuación del proceso de alza: para el paso de la lucha y organización obrera a un nivel superior. Esta necesidad fue oscurecida por escrúpulos “subjetivistas” y “voluntaristas”; de algún modo las todavía embrionarias fuerzas revolucionarias no se hacían cargo de que la oportunidad objetiva para construir esa alternativa ya había pasado, y metidos en una situación en la que dicha opción “proletaria” no existía, se negaban simplemente a orientar el proceso de masas en función de una construcción futura.

En el análisis a que nos estamos refiriendo se explica el carácter totalmente erróneo de esta posición (expresada concretamente en el “voto en blanco” en las elecciones de marzo del 73): antes de estudiar las condiciones y trabajar en la transformación de las contradicciones internas reales, la mayoría de la izquierda revolucionaria socialista prefirió atrincherarse en posiciones “de principio” totalmente incondicionada. Únicamente algunas de las fuerzas, que a corto plazo constituirían la Organización Comunista Poder Obrero, definieron una actitud correcta en esta coyuntura, extrayendo sus conclusiones más importantes. Ellas se sintetizan en la necesidad de elaborar una *línea de masas*.

Crisis de 1976

La asimilación de esas enseñanzas por OCPO se expresan en su participación protagónica en dos fenómenos decisivos: la lucha de Villa Constitución, y las Coordinadoras Obreras de la Capital. Allí se puso de manifiesto, primero, el crecimiento del movimiento obrero clasista en la construcción de sus propios organismos de lucha de masas, y segundo, la capacidad de esos organismos

para aglutinar y dirigir al conjunto de las masas populares. Sobre todo este segundo aspecto señala la más franca y positiva superación de la estrechez y los errores del clasismo de 1970, y permitía plantear en términos prácticos la cuestión de la hegemonía de la avanzada obrera sobre las amplias masas que es, sin duda, la única vía para la conquista del poder y la revolución socialista.

Pero estas experiencias quedaron, de algún modo, en estado empírico. En el fragor de la lucha y en medio de una coyuntura vertiginosa, las jóvenes fuerzas del socialismo revolucionario no pudieron elaborar la teoría de su propia práctica, y en consecuencia, no fueron capaces en su momento de proyectarla sobre el conjunto de la situación y formular una perspectiva superadora. De ahí que, a falta de una alternativa, las Coordinadoras empezaron a desintegrarse varios meses antes del golpe, y las fuerzas revolucionarias volvían a perder la posibilidad de construir una vanguardia revolucionaria de masas, sin tener claro incluso las causas profundas de este nuevo repliegue.

En este sentido son tres los aspectos que quiero señalar en esta oportunidad:

A.- El movimiento obrero de la Capital ya había comenzado a replegarse desde el Congreso de la UOM de Matanza (noviembre de 1975). Allí se levantaron reivindicaciones puramente económicas, cuando en las movilizaciones de junio/julio las consignas centrales fueron las antigubernamentales. A su vez las Coordinadoras se debilitaban rápidamente no sólo por el repliegue de algunas de las fuerzas políticas principales, sino fundamentalmente, por la falta de una perspectiva clara y una alternativa que permitiera desarrollarlas bajo las nuevas condiciones que se abrían.

B.- La caída definitiva del lopezreguismo era el certificado de defunción del gobierno de Isabel Perón. Este había demostrado ya con creces que era incapaz de controlar la situación, y en consecuencia, resultaba incapaz de llevar adelante el programa de la granburguesía imperialista —pese a que Rodrigo lo formulara desde el Ministerio de Educación—. Pero a su vez lo que estaba claro en los hechos era que la caída del gobierno implicaba la derrota de la “democracia” formal misma, y la necesidad forzosa de una dictadura militar. Y eso porque los objetivos de la granburguesía, y la crisis internacional del capitalismo lo imponían. Era necesario controlar la situación y aplastar al movimiento obrero y a las fuerzas revolucionarias para imponer una elevada tasa de explotación. Estaban los golpes de Chile y Uruguay para indicar esta tendencia, y además, el golpe militar estaba “cantado” en enero de 1976 para todos los que no se negaran a ver lo evidente. Si no se aceptó la oferta de Rodrigo fue porque el gobierno ya era demasiado débil para cumplir, pero sobre todo, porque el nuevo proyecto era estratégico y requería un cambio radical en el Poder. Incluso a principios de 1976 el propio gobierno había empezado a controlar la situación social

—las masas se replegaban ante el golpe—, al grado de que la dictadura no necesitó reprimir drásticamente desde el primer momento, como hizo Pinochet, sino que el Terror se implantó paulatinamente y emergió con toda virulencia recién dos meses después. El gobierno de Isabel Perón, eventualmente copado por las FFAA y el Imperialismo hubiera debido realizar su política en medio de una maraña de alianzas políticas y compromisos que no harían más que obstruir los objetivos fundamentales de la granburguesía.

C.— A su vez las fuerzas populares y revolucionarias siguieron en esa coyuntura dos tendencias divergentes: a) por un lado, y en prevención del golpe inminente, el repliegue a la clandestinidad sin dar una perspectiva concreta y orgánica a la resistencia larga y difícil para la cual el proletariado debía prepararse. Esta política internista y defensiva dejaba inermes a los sectores más avanzados de la clase obrera y a la masa sin una orientación precisa respecto al curso que seguiría el proceso; b) por otro lado, la ciega confianza en que la burguesía no podía abandonar las formas democráticas —pues eso provocaría una polarización social automática y el desencadenamiento de la guerra civil, llevaba a la convicción de que había que perseverar en la misma línea llevada adelante desde 1973: profundización de la democracia, alianzas con los sectores “democráticos” de la burguesía, reflatamiento de las Coordinadoras, exigencia de elecciones inmediatas, etc.— Esta sorprendente confianza en las elecciones parece el correlato del error ultraizquierdista del 73. Incluso la suposición de que el golpe desencadenaría la reacción de las masas —lo que debe hacernos pensar en la sobrevaluación que este sector revolucionario hacía de las posibilidades reales de la clase obrera—, llevó a acciones militares aventureras inmediatamente antes del 24 de marzo. Suponer que la causa del golpe es, exclusivamente la subversión, es creerle a la dictadura. Por un lado es cierto que había que cortar los puentes entre la vanguardia revolucionaria y la avanzada obrera; por otro no es menos cierto que la clase obrera se replegaba ya antes del golpe. En realidad los objetivos de la dictadura que buscan justificarse por la subversión, son mucho más ambiciosos: se trata de cambiar el país desde la base. Y eso no podía hacerlo ningún gobierno constitucional, aunque estuviera dispuesto a concederle todo al imperialismo.

Enseñanzas para el presente

Nuestro análisis sería estático y puramente especulativo, si no intentara extraer aquellas conclusiones que, al menos, sirven para comprender nuestra situación y definir una perspectiva.

Pero de esas conclusiones en este caso nos interesa la fundamental: la referida a la línea de masas. Esto, traducido a lenguaje político concreto, es el problema de la democracia, cuestión en la que concluye “Lucha Democrática y Hegemonía Proletaria”. En el presente documento, lo que nos interesa

es el aspecto político coyuntural de la lucha de masas por la democracia, y la dinámica interna de los frentes de masas. Por eso nos referiremos a un ejemplo histórico reciente: el proceso abierto en 1969 y que culmina en las elecciones de 1973. Es un caso concreto de lucha de masas democrática que, además, y proyectado sobre la actualidad, permite esbozar las perspectivas que el sistema le ofrece a la democracia en la Argentina. Veamos.

Desde 1969 hasta 1973, año de las elecciones generales, la dictadura de la Revolución Argentina vive su colapso definitivo, pero a su vez implementa el proceso de transición hacia una "salida" que permita preservar la continuidad sustancial del sistema. En ese proceso es conveniente distinguir tres fases:

1.- *El estallido de la crisis*: propiamente, el "cordobazo". El programa económico de redistribución del ingreso a favor de la granburguesía financiera, aplicado por Krieger Vasena, provoca la reacción de la granburguesía agroexportadora (liquidación de vientres y veda al consumo de carne), de la burguesía interior asediada por la acelerada concentración monopólica, y por la clase obrera y las masas populares que viven un deterioro constante de su situación y cuentan con Perón como alternativa. El descontento acumulado provoca una serie de estallidos en cadena que, ante la evidente importancia del régimen debilitado por las contradicciones internas del bloque en el Poder, crece hasta convertirse en insurrección de masas. De hecho la dictadura militar había perdido todo consenso —incluso los EE.UU. estaban demasiado ocupados en procesar su derrota en Vietnam, ya inevitable—, los partidos y sectores de la sociedad civil que la apoyaron en 1966 se desbloqueaban rápidamente en busca de mejores aliados, Este momento nos permite extraer dos aspectos de importancia:

a.- Se trata del fracaso del primer intento de la granburguesía por establecer su dominación política, y configurar la estructura del país conforme a los intereses actuales del imperialismo. En este primer intento, ya las FFAA se erigen en el partido de la granburguesía, y ejercen el poder en nombre de sus intereses. Pero el régimen no pretende ser terrorista: la transformación quiere ser gradual, aunque rápida, y con la menor represión que sea posible. De hecho se cuenta con la "neutralidad" benévola de la burocracia sindical, de Perón y del conjunto de los partidos políticos burgueses. Todos, sin excepción, confían en que la modernización que los monopolios pueden operar en el país, los beneficia. El golpe del 66 se da contra un gobierno impopular montado sobre la proscripción del peronismo mayoritario, en un momento de alza del ciclo económico, y con el movimiento de masas sumido en la pasividad. Todavía las nuevas fuerzas sindicales y revolucionarias no han surgido, y lo harán recién a partir de 1969. No debe olvidarse la importancia que tuvo este fracaso del bloque FFAA-Granburguesía, para comprender los cambios de su proyecto en 1976. Pero todavía en 1969, las FFAA demuestran no tener la homogeneidad interna suficiente como para enfrentar la crisis y seguir

adelante con el proyecto. Se hallan profundamente deterioradas por el ejercicio directo del poder político --por eso una de las tareas fundamentales en el período siguiente, será la de homogeneizar a las FFAA en contra del poder civil y en la ideología de la salvación del Estado—. A su vez, el de 1969 es el fracaso de una "dicta-blanda", que se propone el sometimiento gradual de la burguesía interior y del proletariado. De hecho, en la crisis que inaugura el "cordobazo", la granburguesía se encuentra con una burguesía interior que se le resiste con uñas y dientes, y conserva la capacidad para montarse sobre el alza de masas con la asistencia de Perón. Ese verdadero "bloque histórico" revivido, posiblemente por última vez, en la historia argentina, aparece como el principal enemigo de la dictadura en ese momento; y desde entonces, la granburguesía procesará dos fases: 1.- aprovechar ese bloque para sus propios intereses; 2.- terminar de liquidarlo. Gran parte de esta faena la harán los hechos mismos. Después de este fracaso, y bajo nuevas condiciones, las FFAA-Granburguesía abandonarán la "vía pacífica", y se definirán por el terrorismo de Estado.

b.- Es bueno recalcar, para confrontar aquella situación con la presente, que la clase obrera en 1969 no venía de una situación de repliegue, ni mucho menos aparecía debilitada por la represión. Por el contrario, vive un proceso de crecimiento político de sus vanguardias aún embrionarias, y tiene sus fuerzas intactas. Esto también será cuidadosamente tomado en cuenta para el golpe del 76: será necesario obligar a replegarse al movimiento obrero, debilitar sus fuerzas de vanguardia y cortar todo lazo de unión con la burguesía interior y la pequenoburguesía que, en el "cordobazo", integraron el frente espontáneo contra la dictadura.

2.- *El frente espontáneo contra la dictadura:* la situación, desde el cordobazo hasta la sustitución de Levingston por Lanusse y el lanzamiento del GAN, es de una enorme confusión tanto en el terreno de la dictadura como del conjunto de la clase dominante. Sin embargo el "cordobazo" reveló la existencia de un bloque de masas contra la dictadura, de una confluencia espontánea y coyuntural entre distintas clases y sectores unidos contra el régimen. En esta situación de alzamiento popular y confusión de la clase dominante, el proletariado del interior tiene el papel protagónico. Y a su vez, su propia avanzada gana terreno dentro de las fábricas y del movimiento obrero: se sientan las bases de nuevas fuerzas políticas revolucionarias. Este es el momento de la formación del "clatismo", y de la realización de experiencias nuevas por parte de la clase obrera del interior --que emerge como una línea de avanzada del movimiento obrero argentino—. En los hechos, la avanzada proletaria cordobesa aparece como el sector más consecuente y firme en la lucha contra la dictadura, y su influencia se extiende sobre el conjunto del pueblo. Al calor de estas luchas del período de transición entre la Revolución Argentina ya derrotada, y las nuevas propuestas políticas, van crecien-

do las nuevas tendencias proletarias que desde entonces imprimen un sello inconfundible a la escena política argentina.

Pero cegados por la grandiosidad de este movimiento de alza, en general se deja de lado el análisis profundo del frente antidictatorial de entonces. ¿Qué unificaba a clases y sectores tan disímiles? Exclusivamente la lucha contra la dictadura. Nada más. No había allí alternativa —ni siquiera el retorno a la democracia constitucional—, y en consecuencia, el frente se agotaba en la caída de un régimen que ya estaba derrotado y en plena huída. ¿Qué lo sustituiría? Nadie lo sabía entre mayo de 1969 y 1971. Las fuerzas revolucionarias se reducían a hablar de “liberación nacional” y “revolución socialista” sin ubicarlas en la coyuntura real, sin diseñar políticas concretas que proyectaran al movimiento más allá de sus límites espontáneos. Para ellos también, la lucha contra la dictadura lo llenaba todo, era de hecho una lucha contra el poder burgués, y en consecuencia resultaba en sí misma revolucionaria. Esta interpretación espontaneísta encontraba, sin embargo, asidero en algunas características del propio proceso. En efecto, el carácter monolítico y totalitario de la dictadura militar, que la identificaba con el Estado mismo y la privaba de mediaciones, hacía creer que luchar contra el gobierno era enfrentarse con el Estado burgués. Obviamente este equívoco surge de una proyección: en 1969 las masas jaqueaban al gobierno, pero no disputaban de ninguna manera el carácter de clase del Poder ni mucho menos contaban con una alternativa que les permitiera luchar por conquistarlo. La crisis de hegemonía y dominación de la burguesía, evidente por sí, no se convertía automáticamente en conciencia y organización revolucionaria para las masas. Es muy común que la izquierda confunda las mejores condiciones objetivas, en ascenso efectivo de conciencia para las masas de manera inmediata —cuando en realidad de lo que se trata es de formular y desarrollar una política que sea capaz de aprovechar esas condiciones para hacer avanzar a la clase—. Este inmediatismo, apoyado en argumentos tales como que “de hecho” las masas enfrentan al Estado y con ello se muestran dispuestas a disputar el poder, tiene la ventaja de eludir el problema, de formular una política concreta y en consecuencia confiar ciegamente en la espontaneidad de las masas. El “jaqueo” no va más allá de la resistencia espontánea —aunque sea combativa y en alza—, y no tiene más efectos políticos inmediatos que profundizar las contradicciones internas de la sociedad, y estimular los conflictos interburgueses. Crea, sin duda, mejores condiciones, pero no consiste por sí en un nivel superior de conciencia revolucionaria ni supone una organización política de vanguardia. La unidad del frente antidictatorial se sintetizaba en una consigna negativa: ¡abajo la dictadura!, y dentro de él, la clase obrera carecía de programa propio ni alternativa independiente. Esto, que podría haber sido natural al comienzo del proceso, se convierte en decisivo en el futuro próximo, ya que entonces será la burguesía la que monte sus propias alternativas

sobre el movimiento de masas, y se sirva de él para sus propios intereses.

De aquí podemos extraer dos enseñanzas de indudable actualidad:

a.- En ningún momento de nuestra historia, la clase obrera argentina ha luchado por el poder. Esto puede parecer una perogrullada, teniendo en cuenta que nuestro proletariado no ha contado nunca, hasta ahora, con una alternativa revolucionaria propia. Pero tiene su importancia aclararlo para insistir en que no existe lucha *espontánea* por el poder, que el asedio a la fortaleza enemiga acaba a la postre sirviendo a otro sector de la burguesía, etc.—. Pero además nos permite entender en profundidad qué quiere decir la afirmación sustancialmente correcta, de que la clase obrera argentina no ha sufrido una “derrota histórica”. Esto es así, principalmente porque la clase obrera argentina jamás se ha lanzado, hasta ahora, a la conquista del Poder, que es la única circunstancia que permite una derrota histórica. No se trata de que la burguesía argentina no haya querido, o no haya podido, derrotar históricamente al proletariado: es que no ha tenido necesidad aún de hacerlo. La clase obrera argentina se perfila como su enemiga a muerte, su antagonista, pero no como su sustituto en el Poder. Pese a toda su politización, la clase obrera argentina es aún inmadura, desde un punto de vista revolucionario; y además **su peso social dentro de la estructura del capitalismo dependiente y subdesarrollado, es relativo. Tiene, por un lado, un nivel de conciencia crítica muy elevado y un movimiento obrero de masas poderoso; pero, por el otro, no es lo suficientemente fuerte entre las masas y carece de alternativas totalizadoras.** Los golpes militares y las ofensivas armadas en la Argentina son posibles, no sólo porque la burguesía no se estabiliza a causa de la resistencia obrera y popular, sino también porque la clase dominante sabe que un golpe no desencadena la reacción de las masas: no provoca una guerra vicil. Y esto es así porque nuestra clase obrera aún no está en condiciones de enfrentar definitivamente a la burguesía, y debe replegarse cada vez, ante una crisis que ella misma profundiza. Históricamente, nuestro proletariado no ha superado nunca el nivel de la resistencia —que la propia crisis del capitalismo torna en “política”, o tiene efectos políticos notables—. Y esto no sólo es así por cuestiones “subjetivas”, por falta de partido de vanguardia, etc., sino también, por la propia debilidad de la clase obrera como fuerza social en la formación argentina. Esta es la plataforma sobre la que se asienta la larga y sólida influencia del populismo, y además, la incapacidad de las líneas “obreristas” para resolver la cuestión del frente de masas populares que es, sin duda, decisivo en nuestro país. Esto determina de algún modo la importancia de la *pequeñoburguesía* en el frente de masas.

b.- El otro aspecto es el de carácter y contenido del frente antidictatorial. La experiencia de 1969/71 demuestra que la lucha contra la dictadura no basta para que el proletariado conquiste la hegemonía y dirección del proceso —no basta que él sea, espontáneamente, el “más consecuente lucha-

dor". pues de esa virtud también puede servirse algún sector de la burguesía—. La consigna antidictatorial debe inscribirse en una política "de alternativa". Es posible que en vísperas de las elecciones del 73, la democracia burguesa todavía constituyera una alternativa válida para las masas, en la medida en que mejoraba sus condiciones de lucha y organización, etc. Así, al menos, ocurrió en los hechos. Pero ahora es necesario tener en cuenta que, desde 1976 no sólo la clase dominante ha desechado a las "dicta-blandas", sino también, cualquier retorno a la democracia burguesa de tipo constitucional. El sistema mismo ya no puede ofrecer las mismas perspectivas, y de hecho hoy la "democracia" viable tiene otro carácter. Por esto es que no basta afirmar que luchamos contra la dictadura y por la democracia, sino que es necesario definir con la mayor precisión posible, y en términos políticos, por qué democracia luchamos. Pues la democracia sigue siendo una aspiración y una necesidad de las masas, pero esa democracia se realiza en condiciones determinadas que es necesario conocer.

3.- *El montaje de la alternativa burguesa de masas:* precisamente el carácter negativo del frente, y la falta de alternativa obrera y popular en su seno —que no fue construida por las embrionarias fuerzas revolucionarias—, hicieron posible a la burguesía, pasado el primer momento de confusión, montar su propia salida sobre la base de la apertura que las masas habían logrado. Pero la "salida" que al fin triunfó, tenía características diferentes a la propuesta del GAN por la dictadura de Lanusse. Las diferencias, por demás profundas, estaban en la distinta composición de las alianzas básicas. Mientras el GAN pretendía un régimen democrático-constitucional dominado por la granburguesía imperialista, cuyos intereses estarían garantizados por la presencia determinante de las FFAA en el gobierno; Perón propugnaba un régimen que sin afectar la hegemonía de la gran burguesía imperialista, se constituyera sobre la alianza de la burguesía interior y la burocracia sindical, sometidos todos a los intereses del sector monopolista de la burguesía interior y garantizados por el liderazgo carismático de Perón y su propia burocracia política. Este fue sin duda el esquema que se aplicó desde 1973, y que fracasa rotundamente ya antes de la caída de Isabel Perón: exactamente cuando López Rega entrega el gobierno a la granburguesía imperialista y a las FFAA, y éstos lo rechazan pues prefieren un régimen absolutamente propio, sin las ataduras que supone el complejo juego de alianzas de los regímenes políticos. Naturalmente que luego de pasada la primera etapa de terror, la dictadura militar se ve forzada a reconstruir los puentes con la sociedad civil, y a proponer algún tipo de "esquema de Poder" que permita, efectivamente, estabilizar un régimen con consenso social. Pero lo importante del proceso que reseñamos, estriba en los aspectos que pasamos a señalar:

a.- El fracaso del gobierno peronista supone la derrota del proyecto de-

mocrático basado en la exclusión de las FFAA-Granburguesía del ejercicio directo del Poder. Todo hace pensar que este fracaso de una política que, manteniendo intacta la hegemonía y el predominio de la granburguesía imperialista, ubica a la cabeza del gobierno a la burguesía interior e integra a la burocracia sindical de viejo tipo —vandonista—, tiene carácter *definitivo*. La granburguesía deberá buscar una salida por otro lado, y con otras fuerzas. Las tradicionales ya no le sirven: la burocracia sindical, la burguesía interior deberán reconfigurarse, del mismo modo que las FFAA se reorganizan en función política. La CGT y la CGE que legó el peronismo, posiblemente ya no sirven para el nuevo proyecto, ya que fracasan junto con Perón, rotundamente, en 1976. Pero lo que sí puede arriesgarse es que, en sus líneas sustanciales, **el GAN expresa el proyecto de la granburguesía-FFAA en la Argentina**. Para implementarlo, el esquema sustancial consistiría en una alianza entre la granburguesía imperialista —con las FFAA en el gobierno en distintos grados de co-participación con la “civilidad”— y un movimiento obrero-popular de tipo socialdemócrata. La viabilidad de este “esquema” depende, en gran parte, de los reajustes estructurales que se realicen.

b.- El que acabamos de señalar es, a nuestro entender, el aspecto más importante que deja el proceso histórico más reciente: la salida de la dictadura militar debe intentar, bajo condiciones diferentes, una nueva alianza entre FFAA-Granburguesía y la sociedad civil. Para ello sería necesario recurrir a alguna fuerza capaz de ganar consenso popular con perspectivas reformistas muy limitadas. Con vacilaciones y contradicciones, las dictaduras del cono sur se dirigen a montar un modelo de las siguientes características:

- Hegemonía de la granburguesía imperialista.
- Gobierno dominado por las FFAA en función de su representante.
- Coparticipación de la civilidad por vía gradual.
- Reconfiguración de las corporaciones obrero-patronales de tipo socialdemócrata (de integración).
- Reconfiguración de la sociedad civil sobre esas bases (aparatos ideológicos y de control).

II. *La crisis de la burguesía en la Argentina*

Debemos considerar esas crisis en tres aspectos o niveles diferentes: 1.- la crisis ideológica —de hegemonía— de la burguesía; 2.- la crisis de dominación política —el aparato del Estado—; 3.- la crisis económica —estructural del sistema capitalista dependiente. Generalmente este último ha sido el tema más tratado (Braun, Peralta Ramos, Cepeda, Viñas, etc.). En cambio los restantes, referidos a la superestructura resultan sumamente desatendidos. De todos modos surge del hecho de que la clase dominante, en la Argentina, intenta salir del callejón sin salida de la crisis económica crónica, no por vía

económica, sino por vía política e ideológica. A su vez, no cabe duda de que las crisis económicas siempre pueden remontarse en la medida en que las masas acaten todos los sacrificios que los capitalistas necesitan imponerles para restablecer la tasa de ganancia, y en consecuencia, una solución política no corrige la crisis por sus causas ni puede arrancarla de raíz —ella volverá a producirse luego del ciclo, con renovada intensidad—, pero sí es capaz de atenuar sus efectos sociales y aún postergarla en el tiempo. Después de todo, los capitalistas ya se han resignado a la inevitabilidad de las crisis periódicas del sistema, y sólo aspiran a eso: lograr que las mismas no afecten seriamente la estabilidad de la dominación y **dilatarlas** en el tiempo —para lo que cuentan con el inestimable aporte de los partidos y organizaciones obreras reformistas—. **Si tenemos claros estos aspectos podremos advertir la importancia** que la restauración de las formas orgánicas de hegemonía ideológica y de dominación política tienen para remontar las crisis económicas estructurales, y de qué manera a veces “decisiva” —aunque no fundamental, como vimos—, reaccionan sobre ellas para regular sus efectos más peligrosos desde el punto de vista de la estabilidad del sistema.

1.- La crisis de hegemonía

Las causas de esta crisis son de dos tipos: a.- el conflicto entre predominio económico, dominación del aparato del Estado, y hegemonía ideológica, planteado internamente en el bloque en el Poder; b.- la pérdida del control ideológico de la sociedad civil —y por eso la crisis de consenso— por parte del conjunto de la clase dominante. Uno y otro aspecto reaccionan recíprocamente para realimentarse.

El primer aspecto está considerado en “Lucha Democrática y Hegemonía Proletaria”. Se trata, por un lado, del desplazamiento de la tradicional oligarquía agroexportadora, tanto del principal papel dentro del PBI como su hegemonía histórica en el bloque en el Poder. Ese vacío, dejado definitivamente con el ascenso del peronismo, no ha podido ser llenado hasta ahora por el sector granburgués efectivamente dominante: el financiero y monopolístico imperialista. Sus efímeros intermediarios políticos —el desarrollismo y el radicalismo, e incluso el último gobierno peronista sobre todo en sus dos últimos años—, han fracasado uno a uno. Por eso es que las FFAA han debido asumir su representación, aunque con las características estrechamente tecnocráticas, su compromiso institucional con el aparato represivo del Estado, y su débil base social-civil, que dificultan el ejercicio del gobierno. A su vez, la burguesía interior carece de un puesto efectivo dentro del bloque en el Poder —inclusive su propio sector concentrado—, y en consecuencia resulta una relativamente fuerte oposición desde la sociedad civil.

El segundo aspecto está directamente relacionado, en sus orígenes históricos, con el peronismo. Pese a que el proyecto y la política peronista se

inscriben de lleno en los intereses de la burguesía —en general—, el sistema fue incapaz de absorberlo, precisamente por las propias contradicciones y desfasajes internos ya existentes dentro del bloque en el poder. La primera etapa peronista fue la última oportunidad, hasta hoy, en que las masas y el poder aparecieron estrechamente ligados, y la burguesía fue capaz de hegemonizar el bloque histórico (con la clase obrera). Con la caída del peronismo en 1955 se produce un doble proceso divergente: a.- la incapacidad del bloque en el poder para montar una nueva alternativa para las masas, por necesidad de ajustar sus propias relaciones internas en medio de una crisis económica prácticamente permanente; b.- la polarización de la sociedad civil en **contra del Estado, ámbito en el que el peronismo proscrito cumplió, sin proponérselo muchas veces y aún en contra de la propia línea de la dirección, un papel aglutinante de la espontaneidad de las masas en términos políticos —es decir populistas—. Desde 1955 a 1969, momento del estallido, se produce una creciente polarización en la cual la clase dominante va perdiendo, gradualmente, el control de la sociedad civil, el Estado se aísla y desprestigia, y en consecuencia debe recurrirse cada vez con más frecuencia a la coerción y al golpe militar.**

Este análisis, que deja de lado por el momento a la pequeñoburguesía que sufre, también en esta etapa, un proceso de superación autocrítica del "gorilismo" —por el fracaso de la Revolución Libertadora—, que agota también el **desarrollismo inicial, y se va radicalizando social y políticamente, debilitando su rol de "colchón de choque" y engrosando a las fuerzas opositoras al régimen, al grado de dejar de constituirse en una fuerza inmediatamente aliada de la granburguesía —y con ello las veleidades fascistas o corporativistas de las FFAA se ven consecuentemente frustradas.**

Esta somera descripción del proceso histórico, que luego de 1969 trata de rencauzarse con el peronismo directamente en el gobierno —cuando se demuestra, definitivamente, que el peronismo había dejado de ser desde varios años antes el término de unidad "orgánica" de las masas, que era incapaz de controlarlas políticamente, y por ende, de lograr el consenso necesario para la estabilidad de la hegemonía granburguesa que Perón sólo se proponía compartir como socio menor—, demuestra que existe un aspecto ideológico-social sumamente importante en el proyecto de la dictadura.

Cuando decimos que este proyecto es estratégico, y cuenta hoy día con una política radical, tenemos que sacar de allí todas las conclusiones. Los objetivos de la dictadura no se limitan, de ningún modo a liquidar a la avanzada obrera y las vanguardias revolucionarias, mientras se allana el terreno económico a fin de acelerar la concentración monopólica. Tampoco se trata solamente de modificar más o menos radicalmente el aparato del Estado, sino que con mayor profundidad, recrear el discurso y los órganos de hegemonía ideológica en la sociedad civil: el consenso de masas. La granburguesía

imperialista, con las FFAA como representante político orgánico, necesitan restaurar el bloque histórico. Una de sus formas, pero sólo una, es el Partido. Pero existen otras alternativas, de tipo movimientista, o de alianzas. Aquí la opinión pública tiene una importancia decisiva, y es la base de nuevos organismos ideológicos.

2.- *La crisis de dominación en el Estado*

Sobre la base de esa reconstitución de la hegemonía en la sociedad civil —donde la cultura y los intelectuales tienen mucha importancia, y en consecuencia, la pequeñoburguesía adquiere un rol muchas veces decisivo—, ya dijimos que la dictadura necesita recomponer el bloque en el poder y reorganizar el aparato del Estado. Esta es sólo una parte del proyecto de la granburguesía —el “esquema de Poder”—, y ni siquiera el más importante, ya que sobre la base de la unidad del poder lo que se hace es construir la superestructura de la hegemonía en la sociedad civil. Es por ello que los programas de las dictaduras militares anteriores, fracasan, en tanto se circunscriben a proponer transformaciones del aparato estatal —el corporativismo del Ministro Borda, el Primer Ministro, etc.—. Si se observa con más atención el problema, es posible advertir que: a.- la recomposición de la hegemonía ideológica sobre la sociedad civil se apoya, básicamente, en un arreglo de cuentas entre las clases sociales que supone una redistribución de la fuerza; b.- desde el punto de vista orgánico, la reconstrucción de la hegemonía social supone proyectos diferenciados para la organización del movimiento obrero (CGT) y de la patronal (ULA-CGE), es decir, el aspecto corporativo; proyectos referidos a los partidos políticos (“dos grandes partidos para una democracia moderna y eficiente”); a la Prensa y la Educación; y la cultura en general. La vastedad de estas ambiciones, y la pobreza de los medios con que cuenta la dictadura para realizarlas salta inmediatamente a la vista.

Pero lo que sí queda claro es que, para proponerse una reconfiguración radical del poder político, se precisa previa o simultáneamente, la recomposición de la hegemonía ideológica orgánica sobre la sociedad civil. El modelo de Estado a que puede aspirar la dictadura, no es otro que el típico del capitalismo avanzado. El mismo expresa el extremo a que llegan las tendencias a la burocratización y militarización, características del Estado en la fase imperialista-monopolista. En esta nueva situación se ha producido un fenómeno simultáneo de divergencia y polarización, que ya Marx atribuía al desarrollo de la concentración monopólica: 1.- Por un lado el “poder” parece difundirse por el conjunto de la sociedad, disminuyendo el papel del Estado como centro único de síntesis entre ideología y política —realizada, principalmente en el Parlamento— y en general, en la división y equilibrio de los poderes—; esto da lugar a la interpretación apologética de una difusión del poder como si se tratara de una sociedad anónima, y con ello, presuntamente una

ampliación de la democracia. Pero lo que en realidad ocurre es que la descomposición del Estado en términos políticos genera el surgimiento de multitud de organismos "para-estatales" que dejan de responder a un centro único, sino más bien a los sectores de la propia clase dominante en pugna⁽¹⁾; 2.- pero esta desintegración —difusión— descomposición va acompañada del fenómeno inverso: la polarización cada vez más aguda entre el Estado y la sociedad civil, que se expresa en el creciente vacío de poder. Esto ocurre, principalmente, porque los viejos mecanismos electorales de consenso quiebran, en la medida en que los partidos y demás órganos típicos de hegemonía y consenso en la sociedad civil pierden paulatinamente su representatividad efectiva. Ya no se elige efectivamente entre alternativas, aunque sea dentro de las diferentes tendencias burguesas, sino en general, por la continuidad de lo existente, por falta absoluta de otra alternativa⁽²⁾. La clase dominante no trata tanto de demostrar la eficacia del régimen existente para el bienestar de las masas, sino más bien amenazar con el caos en caso de que se pretenda sustituirlo, y frustrar permanentemente la formulación o surgimiento de una opción más efectiva. Mientras el abismo que se abre entre el Estado —en manos de la granburguesía monopólica— y la sociedad civil, si bien es llenado por la proliferación de órganos de control de masas y de consenso, esos mismos órganos se convierten cada vez más en servicios de inteligencia y represión "parapolicial".

De aquí se concluye que el "modelo" de Estado de la dictadura debe empezar por resolver la cuestión de la hegemonía, y después repartir las distintas responsabilidades en el aparato estatal.

3.- La crisis económico-estructural del capitalismo dependiente argentino

Este es el aspecto más debatido y estudiado, en general. El programa económico de la dictadura es a la vez: 1.- de impulso a la concentración monopólica; 2.- de saneamiento y modernización —al menos crear las bases para ella, dentro del esquema actual del imperialismo norteamericano—.

Pero de todos modos, la inversión masiva para lograr el salto adelante no se produce —principalmente porque la dictadura fracasa en su intento ideológico, y por ende, político—, y prefieren dirigirse a Brasil en el proyecto

(1) Un ejemplo claro de esta descomposición está en el Estado norteamericano post-Watergate. En una compleja red de intereses, el Senado ha incrementado enormemente su poder y los conflictos proliferan, al grado de inmovilizar al Presidente.

(2) Esto obedece a que ya los partidos de la burguesía no dirigen a un sector social efectivo: no expresan sus intereses.

del "gendarme" zonal. La crisis es, por un lado, el techo de las variables ideológicas y políticas; y por el otro lado, su única base real de apoyo. Determina, tanto la viabilidad de una salida, como su duración y profundidad en caso de que consiga montarse —lo que no es, de entrada, imposible—. No olvidemos que la falta de perspectivas de la burguesía en nuestro país, es la asfixia del capitalismo en Argentina, y por ello, la miseria y degradación PARA EL CONJUNTO DEL PUEBLO. Sobre esta base, también puede montarse una ideología de la "salvación nacional", o mantenerse per secula la crisis y el equilibrio catastrófico.

III. El término de unidad política de la clase obrera argentina en la coyuntura actual

El enemigo principal en la coyuntura es la granburguesía imperialista. El objetivo estratégico del golpe del 24 de marzo de 1976 fue, y sigue siendo, estabilizar la hegemonía granburguesa en el Estado. A ese fin se unificaron los sectores terrateniente, monopolístico-industrial y financiero de la granburguesía. La política para alcanzar ese objetivo estratégico, seguía dos ejes fundamentales: 1o. Liquidar a la vanguardia revolucionaria y a la avanzada obrera; 2o. Sanear la economía con un plan drásticamente favorable al sector financiero y terrateniente. Se trataba de allanar el camino eliminando los principales obstáculos políticos (las obsoletas Instituciones democráticas constitucionales), sociales (la insurgencia obrera y popular), y económicos (la existencia de un poderoso sector de burguesía interior que, necesariamente, debía ser arrollado por la concentración monopolística).

El primero de estos obstáculos fue fácil de abatir. La alianza granburguesa se adueña del Poder absoluto, y lo ejerce despóticamente sin ningún tipo de limitaciones. Sin embargo, los dos restantes no son tan fáciles de voltear. El golpe provoca una resistencia realimentada, permanentemente, por el descontento popular y el mismo terror que, rebasado el límite de "racionalidad" de la política de la dictadura, amenaza con devorarla a ella misma. A su vez, si bien el plan económico sigue adelante con la concentración monopolística, lo hace a un costo económico crítico: una tasa de inflación que no logra controlar, el incremento de la desocupación, y el desarrollo de una economía de "especulación". Estos dos aspectos reaccionan sobre el poder, y fuerzan una salida política que, inevitablemente, estimula las contradicciones no sólo entre la dictadura y la sociedad civil, sino en el seno mismo del bloque en el poder. La alianza inicial ha agotado, ya desde fines del año pasado, su propio programa político, y en un clima de creciente conflicto reclama una alternativa. Son tan graves las dificultades internas del régimen que viene postergando la decisión de fondo entre una vía exclusivista o una convergencia, prácticamente desde hace medio año.

Ahora bien, existe una cuestión fundamental que es *determinante* para

el futuro del régimen: las perspectivas del desarrollo político del movimiento obrero y popular, bajo las actuales condiciones.

A.- *La situación mundial del movimiento obrero*

Este aspecto del problema, debe ser abordado, a nuestro entender, en tres niveles: 1o. La situación de descomposición del movimiento comunista internacional; 2o. La situación de dispersión, degeneración de la conciencia bajo las viejas direcciones reformistas y burocráticas, y carencia de dirección alternativa, del movimiento obrero mundial; 3o. Situación concreta del movimiento obrero argentino (niveles de conciencia, formas nuevas de resistencia y organización, perspectivas). No cabe duda que este es el contexto que nos puede permitir responder a la pregunta acerca de cuál sea el término de unidad política actual de la clase obrera en nuestro país, habida cuenta de que el proletariado requiere de objetivos políticos propios y superiores, para ser capaz de conquistar la hegemonía en el frente de masas contra la dictadura. Si bien en el nivel de la resistencia contra la opresión, el objetivo antidictatorial y democrático unifica todas las fuerzas contra el enemigo principal de la coyuntura, la clase obrera acabará sirviendo a los intereses de la clase dominante si no es capaz de unificarse y organizarse en torno a sus propios objetivos *políticos* (no sólo estratégicos). Este es el desideratum de la hora.

Empezaremos por el primer punto, es decir, la descomposición del movimiento comunista internacional. La rígida hegemonía del stalinismo y el PCUS sobre los partidos comunistas de todo el mundo, y el carácter monolítico del movimiento comunista internacional en el curso de la "guerra fría", comenzó a debilitarse con el deshielo y la aparición de nuevas realidades sociopolíticas. La culminación de la reconstrucción europea, y el avance notable de las luchas de liberación en Asia (Vietnam), Africa (el Congo, Argelia, etc.) y América Latina (Cuba), desencadena un proceso de aguda crisis interna del movimiento comunista, y directamente, del stalinismo. Los momentos iniciales de la polémica chino-soviética —hoy convertida en una desnuda competencia internacional—, fue el llamado de atención de una situación que se venía gestando desde tiempo antes. La URSS y la línea del PCUS pasa a ser la "coexistencia pacífica" y la competencia económica entre los bloques; la intervención en Hungría, y luego en Checoslovaquia, provocan inevitablemente un deterioro notable en el prestigio y el liderazgo del PCUS, hasta entonces prácticamente incuestionable dentro del movimiento comunista internacional. China, que aún bajo la égida de Mao, reivindica el internacionalismo proletario y denuncia el chantaje nuclear como un "tigre de papel", a la vez que insiste en la necesidad de la construcción del Partido y del Ejército Revolucionario, compromete también su prestigio, luego de la Revolución Cultural, con una línea que se desvía más y más hacia la disputa de esferas de

influencia con la URSS siguiendo una línea de gran potencia. Sin embargo, esta notable desviación de uno de los líderes iniciales de la polémica dentro del movimiento comunista internacional (si bien con una posición reivindicadora del stalinismo, en momento en que el PCUS pasaba a cuestionarlo), si bien afecta notablemente al proceso, no impide su desarrollo, que seguirá distintas direcciones.

Quizás la característica fundamental de la actual etapa mundial, sea tanto la crisis del bloque imperialista liderado por los EE.UU. (que se manifiesta claramente en su derrota en Vietnam, y la creciente competencia interimperialista), como la crisis del bloque socialista. Esta última revierte sobre el movimiento comunista internacional, ya que desde antes de la disolución de la III Internacional, la línea de dicho movimiento se identifica con la del partido soviético. Este proceso es tanto de desintegración como de descomposición.

La desintegración de los PC de todo el mundo empieza ya a fines de la década del 50 y se profundiza en la década siguiente. Las reacciones antiburocráticas de algunos intelectuales orgánicos, se van convirtiendo en fracturas importantes hacia la izquierda. La necesidad de un retorno a las masas, la reivindicación de la independencia proletaria y el carácter de clase del Estado, son los ejes generales de estas fracturas internas. Si, por un lado, la reacción oficial contra el stalinismo y "el culto a la personalidad" se desvía, más y más, hacia posiciones socialdemócratas; por el otro, la apertura de la polémica, urgida por el nuevo ascenso de masas de la década del 60 y las manifiestas incapacidades del comunismo para dirigirlo, promueve el surgimiento de fuerzas radicalizadas que, genéricamente, pasaron a llamarse "nueva izquierda" sobre todo a partir del mayo francés del 68.

Pero no se trató de una "emergencia" puramente espontánea. Ya desde comienzos de la década, se acelera en América Latina la fractura interna de los PC, y la reunión de fuerzas provenientes de otros sectores de la izquierda tradicional, en torno a la línea foquista sustentada por Cuba. La muerte del Ché Guevara en Bolivia, significará la bancarrota del foco rural y su ideología catártica (expresada, rudimentariamente, en "Revolución en la Revolución" de R. Debray) y la apertura de un período de intensa polémica dentro del movimiento revolucionario. Esa discusión giraba, entonces, alrededor de los siguientes ejes: el nexos con las masas, el carácter de la lucha armada (con el tránsito a la "guerrilla urbana" en los países más avanzados del área), y la construcción del partido de vanguardia de la clase obrera. Los alzamientos de masas de fines de la década ponen, estos problemas, a la orden del día en el terreno de la práctica, sometiendo a una prueba de fuego al conjunto de la "nueva izquierda".

Pero, a su vez, el desarrollo de los procesos de liberación africanos, aportaban ya desde fines de la década del 50 nuevos elementos prácticos de

crítica y renovación. Es indudable la influencia de políticos como Lumuba y Fannon, sobre todo en la intelectualidad europea; así como el impacto que resultó ser la Guerra de Argel para las ilusiones capitalistas de progreso y democracia. Pero a los procesos argelinos y congolés, siguió sin solución de continuidad, la lucha de liberación de gran parte del Africa occidental (lucha en muchos casos, ignorada o disfrazada bajo la máscara racista de "conflictos tribales"). Este proceso, de enorme importancia incluso geopolítica, culmina en la revolución angoleña, y las luchas que en estos momentos se desarrollan, que resultan tener una relación directa con los países árabes norafricanos, y por allí, con la álgida cuestión palestina. La crisis del oriente mediterráneo, engarzada con uno de los puntos críticos de la crisis económica del imperia- lismo: el petróleo, es una cuña clavada en el costado del bloque "occidental".

Pero ya hemos señalado, de pasada, uno de los aspectos decisivos de este proceso de configuración de una nueva franja revolucionaria, a la izquierda de los PC tradicionales (e incluso de "su" izquierda tradicional: el trotskismo). Se trata de la falta de una síntesis teórica y política, sobre la que pueda construirse una sólida unidad y avanzar, entonces, en la edificación de una alternativa revolucionaria de masas. La situación podría describirse como la acumulación empírica de experiencias de lucha y organización, que todavía permanecen dispersas, y en general acaban en derrotas parciales. El triunfo de los movimientos de liberación africanos, es innegable; pero, más allá del avance revolucionario que suponen, y la profundización de la crisis imperialista que provocan, resultan todavía incapaces de señalar una perspectiva revolucionaria internacional. La "construcción del socialismo" queda encerrada dentro de las propias fronteras nacionales, o en el marco de la periferia inmediata; y su experiencia no se proyecta sobre la revolución proletaria mundial. Esto hace que exista una fractura innegable entre los procesos de liberación y revolucionarios de los países dependientes, y el desarrollo de la lucha de clases y la polémica política en los países centrales. De tal modo que la línea del PCUS puede cumplir un papel progresista en muchos procesos nacionales o regionales de liberación (pensamos en Africa, Indochina y, tal vez, Cercano Oriente), sin conseguir superar ni detener, el proceso de descomposición del movimiento comunista internacional.

El principal síntoma de esta descomposición es, sin duda, el "eurocomunismo". Históricamente, el eurocomunismo no es más que el renacimiento de las tesis de la II Internacional, adaptadas a la nueva coyuntura mundial. Encontramos en él la misma confianza en la evolución pacífica del sistema capitalista, las mismas ilusiones democrático-burguesas, idéntico fetichismo del Estado. El neostalinismo, reacciona contra los aspectos más recalitrantes del stalinismo ortodoxo (el antagonismo de los dos bloques, la desconfianza hacia la burguesía, la falta de democracia interna), pero para mantener la sus-

tancia de sus principios. A su vez, el PCUS no puede dejar de enfrentar posiciones que vulneran su liderazgo y la unidad monolítica del bloque comunista, pero sin lograr detener las consecuencias de sus propias posiciones.

Pero no puede negarse la influencia que, sobre este viraje del eurocomunismo, ha tenido la derrota de la Unidad Popular en Chile, y el proceso portugués. En Chile puede afirmarse que se puso en práctica, con toda la pureza que las condiciones hacían posible, esta nueva versión de la política dimitroviista de los "Frentes Populares" (VII Congreso de la IC) que son las Unidades Populares, Frentes Patrióticos, etc.—. El golpe militar y la brutal reacción de la granburguesía imperialista, dió por tierra con el proyecto, provocando no una crítica a sus debilidades y vacilaciones, sino por el contrario, una vuelta de tuerca hacia la socialdemocracia. Después de la derrota chilena, y en el vértigo de la crisis que arrastra al conjunto de los países capitalistas, la culpa caerá sobre el "ultraizquierdismo" tanto de algunos sectores de la Unidad Popular, como de la franja revolucionaria, y para enfrentarlos, se exhumará el "compromiso histórico" y se borrará el objetivo estratégico de la "dictadura del proletariado". El fracaso de este último intento —con el consiguiente avance del más auténtico representante de esta línea: la socialdemocracia—, seguramente generará consecuencias que aún no están a la vista. Pero lo que sí puede arriesgarse es la muy firme posibilidad de que la autocrítica no llevará a un brusco viraje hacia la izquierda (que posiblemente los PC están ya incapacitados para realizar, si no es a condición de autoaniquilarse).

Tampoco puede obviarse una experiencia que no por olvidada, ha sido menos sintomática. Nos referimos a la "revolución portuguesa". La crisis de la dictadura fascistoide de Oliveira Salazar fue desencadenada por un cúmulo complejo de situaciones: el propio desgaste interno del régimen, la debacle en la guerra colonial, y la crisis internacional del imperialismo. Su cambio se hizo necesario, incluso para los intereses de la granburguesía —necesitaba de un régimen fuerte y menos desprestigiado—, y de la OTAN. A su vez el PC portugués, salido de la larga noche de la resistencia y la clandestinidad, aparecía limpio de las capitulaciones que empañan el prestigio de los PC más poderosos de Europa (el francés y el italiano), y a su vez con posiciones más combativas y radicalizadas. Posiblemente el PCUS se jugara, en la revolución portuguesa, una carta fuerte contra la creciente corriente independentista y conciliadora dentro del movimiento comunista internacional. Pues bien, luego del primer momento de "destape", y cifrando todas sus expectativas más en los sectores democráticos, patrióticos, populares y progresistas de la FF. AA., que en la movilización política y armada de las masas populares —tal como ocurriera con Allende—, el PC portugués empezó a retroceder y perder posiciones hasta quedar desplazado a un segundo lugar en el proceso. Naturalmente que esto fue tomado como un llamado de atención por el conjunto de los PC europeos, e interpretado de inmediato como la necesidad urgente de realizar serios ajustes políticos y programáticos, que le abrieran margen

El Topo Blindado

rocráticas del movimiento sindical, debe necesariamente producir efectos deformantes en la conciencia y las prácticas de la clase obrera. Naturalmente que estas deformaciones, en el ámbito de la desintegración masiva del movimiento obrero y la sujeción al Estado, provoca como contrapartida, la aparición de movimientos críticos y combativos que, sin embargo, aún no llegan a cuajar en las bases ni a erigir alternativas políticas efectivas. En estos aspectos, posiblemente el proceso sea sustancialmente el mismo en los países centrales con larga tradición PC y socialdemócrata (Europa occidental), y los EE.UU. donde los sindicatos tienen un origen y una tradición diferente. ¿No ocurrirá otro tanto, cualquiera sean sus formas particulares, en el seno de la clase obrera de los países del bloque socialista? No podemos saberlo, aunque es posible que se vivan procesos en correspondencia.

De todos modos, el hecho es que la clase obrera de los países centrales, ofrece las características siguientes: 1o. Agudo proceso de desintegración interna, provocada por la masificación y, simultáneamente, la estratificación. 2o. Largo sometimiento a direcciones reformistas, con el consiguiente debilitamiento de la conciencia de clase, la capitulación de la independencia y el sometimiento al Estado, la ausencia casi total de solidaridad internacional. Pero lo importante es señalar que este fenómeno social e ideológico, no es un engendro puramente especulativo de la clase dominante, sino el resultado de una determinada situación del sistema capitalista: a) la reconstrucción europea (que planteó como ideología de la "salvación nacional", una vez más la colaboración de clases y las alianzas de la productividad); b) la prosperidad relativa lograda por los niveles superiores de la clase obrera, sobre la base de los superbeneficios imperialistas y la explotación, interna, de mano de obra inmigrante barata. Si bien la crisis capitalista, con los consiguientes incrementos en la explotación (inflación, descenso de los salarios, extensión de la jornada de trabajo y los ritmos de producción, incremento de la tasa de desocupación), puede en un primer momento arrastrar a las masas trabajadoras a hacer causa común con sus respectivas burguesías (así ocurre con la AFL-CIO respecto de la Guerra de Vietnam, puede ocurrir con el proletariado inglés, francés y alemán, respecto a la inmigración superexplotada de Africa del norte, España e Italia, etc.), no cabe duda que un deterioro en la situación económica y social de la clase obrera provocará radicalizaciones internas dentro mismo del movimiento, y el consiguiente agudizamiento de los conflictos de clase. De alguna manera la periferia dependiente es el reaseguro de la estabilidad política de los centros imperialistas, si bien no llegue a tener el carácter absoluto que le diera la concepción que Rosa Luxemburgo formuló del Imperialismo. Las contradicciones externas actúan, siempre, por medio de las internas. Y a los países centrales, sobre todo a los europeos relativamente débiles, les sobran conflictos interiores.

Al menos contamos con dos hechos sintomáticos para evaluar, aunque sea indirectamente, la situación de conciencia de los movimientos obreros de

Europa: el caso de las Brigadas Rojas y Aldo Moro, y la respuesta del proletariado francés a la intervención directa del gobierno de Giscard d'Estaing en el Zaire. Con respecto al primer hecho, existen dos índices notables: 1o.- La reacción excesiva, y posiblemente desesperada, del PCI, que tomó partido decididamente por el Estado no sólo para evitar un enfrentamiento con la burguesía, sino también, para desacreditar a las posibilidades revolucionarias y arrancar toda perspectiva de radicalización del movimiento obrero. Es significativa la apatía con que la clase obrera italiana tomó la propaganda del PCI haciendo la apología de Aldo Moro. Es muy posible que el movimiento obrero italiano esté ya, pese a sus direcciones reformistas, fuera de control desde un punto de vista estratégico, y que nadie sepa cómo puede reaccionar en caso de un agudizamiento extremo de la crisis. La exagerada declaración de fe democrática y pacífica del PCI podría expresar ese temor. Respecto al segundo caso, el proletariado francés no parece reaccionar más que con atonía, tal como posiblemente le indiquen sus direcciones sindicales y políticas. ¿Pero esto es posible sin desgaste para esas direcciones, aunque se manifieste a largo plazo?

Sintetizando, existen dos factores que consideramos decisivos para revertir la situación de los movimientos obreros de los países centrales (sobre todo europeos; el movimiento obrero norteamericano sigue siendo una incógnita): uno de ellos es la propia crisis del capitalismo, tanto central como marginal, y el desgaste que la colaboración acarrea necesariamente a las viejas direcciones reformistas y burocráticas; otro, el surgimiento de nuevos movimientos políticos radicalizados que, seguramente, tienen su apoyatura, aunque débil, en las bases del movimiento obrero. Esta es la cuestión que debe estudiarse en profundidad, pues ahí estriba el porvenir de la revolución proletaria, que en ningún caso, puede aislarse del movimiento obrero mundial y de la situación internacional (aunque sólo sea de las coyunturas favorables: la Revolución bolchevique el fin de la Primera Guerra, la Revolución China el fin de la Segunda, Cuba el comienzo de la crisis de hegemonía norteamericana, Vietnam la consumación de esas crisis, etc.).

Capítulo aparte merece el proceso de las "comisiones obreras" en España, y las expresiones modernas de "autogestión" en Italia y Francia. El hecho de que en España este movimiento se de dentro de la política general del PC, mientras tanto en los restantes países como en América Latina, caiga dentro de la participación e influencia particularmente de la "izquierda extraparlamentaria", o de fuerzas políticas de nuevo tipo, demuestra precisamente su carácter universal en la coyuntura actual del capitalismo y del movimiento obrero mundial. Las "comisiones obreras" españolas, el fenómeno mejor conocido por nosotros, aparecen como organizaciones de base clandestinas y democráticas, que llegan a unificar sectores importantes del proletariado industrial más avanzado, y a conquistar de hecho el reconocimiento,

tanto de la patronal como, finalmente, del Estado, como los únicos representantes efectivos de la clase obrera. De tal modo, la organización sindical corporativista construída y manejada por el Estado, pierde toda influencia, y en su lugar, son las "comisiones obreras" las que ejercen la dirección real del movimiento obrero.

De todos modos, y sin menoscabar la importancia de este proceso, es bueno recalcar sus diferencias, tanto con algunas de las experiencias francesas e italianas, como con las latinoamericanas. Sintéticamente puede hallarse esa diferencia en el carácter estrictamente sindical que adquieren las "comisiones obreras", conforme a una división rígida del trabajo entre sindicatos y Partido (típica de la línea stalinista tradicional), mientras los organismos de autogestión y las diversas formas que adquiere la organización obrera combativa en sudamérica (cinturones industriales en Chile, sindicatos clasistas y coordinadoras obreras en Argentina), si bien se apoyan fundamentalmente en las bases obreras y sus reivindicaciones, se dirigen y abren al conjunto de las masas populares, perfilándose como organismos del Frente Revolucionario de masas. Esta diferencia, explica de entrada el paso a segundo plano de las "comisiones obreras" en la actual coyuntura de "apertura" en España, ya que concebidos sin duda como órganos de presión casi exclusivamente, para una política que persigue reivindicaciones democráticas, son ahora desplazadas por el Partido, como herramienta más idónea para la negociación superestructural en la escena política del Estado. Pero, a su vez, la magnitud de las tareas planteadas por la situación y la historia, a las formas independientes, explica su carácter todavía embrionario y las dificultades de su desarrollo que, evidentemente, reclama una dirección política clara.

El tercer aspecto a tocar, es la situación del movimiento obrero argentino. Su proceso histórico, en los últimos diez años, fue reseñado en el ensayo "Lucha Democrática y Hegemonía Proletaria". Por el momento creemos que es suficiente para tener una visión de conjunto de su configuración más reciente. Nuestro tema, entonces, debería centrarse en la pregunta acerca de cuáles han sido las consecuencias del repliegue de masas provocado por la ofensiva terrorista de la granburguesía, a partir del golpe del 24 de marzo de 1976, y a su vez, cuáles son las modificaciones que la nueva etapa de resistencia ha operado en la conciencia de la clase.

No cabe duda que el conocimiento efectivo de estos aspectos, es decisivo para trazar una línea política eficaz. Pero, de todos modos, no creo que sea fundamental para elaborar una orientación de conjunto del proceso, que es de lo que se trata en este caso. Resulta de todo punto de vista muy difícil que, en su actual situación, el movimiento obrero haya podido extraer todas las conclusiones de su trayectoria más reciente, ni mucho menos, elaborado una política integral de respuesta a la coyuntura. Esta no es una cuestión que pueda resolverse espontáneamente, y por el conjunto de las masas, sino que

requiere de un trabajo teórico conciente, y de la formación de avanzadas y organización de vanguardias (aunque sean parciales). Precisamente, la avanzada obrera y la vanguardia revolucionaria son los focos principales del terror, y los sectores más afectados por la represión. Posiblemente, y al igual que la vanguardia revolucionaria diezmada y debilitada, la avanzada obrera también tenga que regenerarse en un proceso más o menos porlongado. La duración de esta reconstrucción, no sólo depende del nivel de resistencia y el grado de la crisis del sistema en la Argentina, sino también, de la capacidad de los sectores más avanzados para sacar conclusiones del proceso vivido y señalar perspectivas superadoras. Aunque no exista "partido", la interacción entre lo espontáneo y lo conciente sigue planteándose, y su síntesis sigue siendo necesaria (precisamente el partido es el producto, y a su vez el reproductor, de esa síntesis, que debe rehacerse cada vez). Sin duda que las huelgas de noviembre de 1977, así como la persistente resistencia y sabotaje, manifiestan la existencia de mínimas coordinaciones que no superan (salvo cuando los burócratas de recambio se ponen a la cabeza) el nivel espontáneo. Esa misma espontaneidad plantea como necesidad, el señalamiento de una orientación política que de respuesta a las falsas expectativas que, en este momento, monta la dictadura con la colaboración, más o menos directa, de la burguesía democrática. Si estas formas concretas son decisivas para implementar una política, para delinearla es hoy mucho más decisivo el análisis de la coyuntura global de la Argentina.

En ese sentido, son fundamentales las respuestas que se de a las siguientes cuestiones: 1o.- Las conclusiones del movimiento obrero independiente, combativo y clasista; 2o.- Los medios con que cuenta la burocracia, en todos sus niveles, para llenar la actual ausencia de dirección sindical; 3o.- Los proyectos que, a ese mismo respecto, maneja la dictadura. Sobre la base de la continuidad de la tradición combativa de la clase obrera argentina, y las respuestas concretas a las opciones propuestas por la burocracia sindical y la política de la granburguesía, es perfectamente posible y necesario elaborar una línea de alternativa.

B.- El término de Unidad Política de la clase obrera

La lucha contra la dictadura —su régimen y sus objetivos políticos y estratégicos— y la reivindicación de una democracia irrestricta necesariamente inestable y de transición, constituyen sin duda el término de unidad inmediata de la clase obrera. Su acuerdo, entre las fuerzas populares y revolucionarias, ya sería más que suficiente para dar un enorme salto adelante en la recuperación de los niveles de lucha y organización alcanzados en junio/julio de 1975. Por sí solo, definir a la dictadura no por su forma de ejercer el poder (su gobierno), sino por los objetivos estratégicos del sector de la clase dominante que hegemoniza el bloque en el Poder; y a su vez, definir el objetivo demo-

crático por los intereses y la movilización de las masas, y no por la estabilización de la dominación de la granburguesía, divide aguas tajantemente entre el campo revolucionario y el campo de la burguesía más o menos "democrática". De ahí que ésta política, más allá de que se dirige a configurar un amplio frente de resistencia contra la dictadura, integrado por todos los sectores opuestos al régimen, aporta definiciones propiamente proletarias, y que sirven a la clase obrera para disputar la hegemonía del movimiento a los sectores conciliadores. Pero, sin duda, esos términos no bastan: es necesario profundizarlos en dirección a la revolución socialista. ¿De qué modo?

La clase obrera se unifica, políticamente por medio de una línea propia e independiente dirigida *al conjunto de las masas populares*; y capaz de hegemónizarlas y organizarlas. El supuesto de que el proletariado puede unificarse exclusivamente en torno a un programa de ejercicio del Poder, detrás de una serie de medidas abstractas a tomar por el gobierno revolucionario, carece de todo sentido político. Por un lado ese programa "revolucionario socialista", concebido como programa "máximo", en general está fuera de discusión: con ligeras diferencias, resulta sustentado por el conjunto de las fuerzas revolucionarias (y aún "socialistas"). No cabe duda que es fundamental definirlo, pero a los efectos de señalar la orientación general de la política efectiva *PARA LA CONQUISTA DEL PODER*, pues de eso se trata. Ese es el aspecto decisivo, el que verdaderamente está en cuestión en las situaciones prerrevolucionarias, y que ahora tenemos que discutir y resolver. Sencillamente, el Partido no se constituye exclusivamente estableciendo qué va a hacer el proletariado cuando tome el poder (cuestión, por otro lado, que sólo puede definirse en términos abstractos y generales, como ocurre siempre con los "fines" históricos, cuando se concibe la historia desde el punto de vista del marxismo: el "modo" de realización de esos fines, que es una vez más, lo decisivo, se produce, no existe per-se), sino definiendo con claridad cómo va a conquistar el Poder el proletariado: señalando el camino concreto. Este desarrollo político es el único capaz de dar contenido real a aquel programa estratégico, que de otro modo, como puramente "máximo", integra el mundo supremo de los fines. Lo que debemos reconstruir, entonces, es el posible curso de la lucha revolucionaria de clases desde el punto en que nos hallamos, hasta el momento del asalto final. Y sobre todo tener claro que una política no se reduce, de ningún modo, a consignas, programas de reivindicaciones, y organismos, sino que antes que nada parte de diseñar las líneas generales de desarrollo del movimiento histórico. En ese contexto es posible la síntesis dialéctica entre medios y fines, organización y objetivos, que de otro modo aparecen disociados, y en consecuencia, incapaces de abarcar y dirigir la complejidad del desarrollo del proceso. Las consignas, los programas y las propuestas organizativas son, más bien el resultado de esa ley de desarrollo general, y por otro lado, no surgen inmediatamente de la especulación, sino que son producidas por la síntesis permanente entre la teoría

revolucionaria y el movimiento espontáneo. Así ocurrió, eminentemente, con los Soviets en la Rusia revolucionaria de 1917.

Estas observaciones son importantes para no confundir, por ejemplo, una política de Frente con la imagen, simplista, del Frente constituido y medir su viabilidad exclusivamente por la posibilidad inmediata de reunirse a discutir en una misma mesa; o lo que es ya una aberración tradicional en la izquierda, identificar una política de organización de la vanguardia en la construcción de su Partido, con la fundación inmediata de la organización centralista-democrática que sea, desde ya, El Partido mismo. Y no vayamos a creer que estas precisiones son gratuitas. Por el contrario, tienen una vigencia muy actual. En medio de la confusión que reina entre los revolucionarios, se perfila como eje de la polémica el que separa el frente antidictatorial del frente revolucionario. Se trata, no de tareas excluyentes —en ningún caso esto se plantea así—, sino de ubicar la tarea decisiva de la coyuntura en una u otra política. Y la diferencia entre empezar, hoy, por definir una política de resistencia de masas democráticas y antidictatorial, o una política directamente revolucionaria, es casi obvia. No cabe duda que todo el campo revolucionario socialista ubica el objetivo central en la “construcción del partido de la vanguardia obrera” en la Argentina, eso no está en discusión. Lo que sí se discute es la política correcta para avanzar, *en nuestra situación actual*, en esa construcción. Y corremos el riesgo de regresar, incluso respecto de la propia experiencia nacional al respecto.

Cuando nos preguntamos la vía de unificación del campo revolucionario socialista, tenemos necesariamente que plantearnos previamente por el término de unificación de la avanzada obrera, pues será con el acuerdo básico acerca de una política para la clase obrera como los revolucionarios pueden unificarse EN LA PRACTICA. Y entonces la cuestión se reduce a la siguiente pregunta: ¿La clase obrera se unifica, políticamente, en un programa de gobierno obrero y popular? A simple vista esto es impracticable en la coyuntura argentina actual, dada la situación de repliegue de masas, ofensiva terrorista de la burguesía, y dispersión de la vanguardia revolucionaria. Pero en términos generales es así no sólo para la Argentina de hoy, sino para cualquier otra coyuntura y lugar. La clase obrera nunca puede unificarse políticamente “en sí” misma, su identidad política no está en la clase misma, como supone el espontaneísmo populista o reformistas⁽¹⁾. El proletariado, siempre, en todo tiempo y lugar, sólo puede unificarse en una política que defina la totalidad histórico-social “para sí”, según sus intereses pero en función del movimiento de masas. Está claro que únicamente sintetizando los objetivos de la vanguardia con las necesidades del grueso de las masas, es posible avanzar hacia la conquista del poder. Por esto no basta, y por el contrario resulta general-

(1) *sino en la construcción de su hegemonía y dirección de las masas.*

mente un obstáculo dogmático y sectario, afirmar que la clase obrera se unifica exclusivamente en un programa proletario. Este es su objetivo estratégico, pero la unificación efectiva, esa que se produce en el movimiento real, se da en una POLÍTICA para el logro de aquel objetivo (que es, a su vez, la realización dialéctica de ese fin, y por ende, su afirmación y superación simultánea). Una organización de vanguardia real, es el producto de una política de avanzada para las masas. Nunca se insistirá lo suficiente sobre esta verdad incontestable. La prueba nos la dan los propios hechos. ¿Es posible unificar hoy, no digamos a la clase obrera argentina, sino a algún sector de su avanzada, en torno a la revolución socialista?. De inmediato surge la pregunta ¿qué se quiere decir con "revolución socialista" en los hechos? La revolución aún no sale de su etapa infantil cuando es incapaz de dar respuesta a esta pregunta. Pero esto no sólo es válido para las clases, sino también para la intelectualidad revolucionaria, porque ¿es posible hoy reunir a los socialistas argentinos dispersos, sobre la base de un "programa socialista" de gobierno? ¿Alguna vez se fundó algún partido proletario revolucionario sobre una base tan abstracta, casi puramente ideológica? No cabe duda que definirse por la dictadura del proletariado, o en contra de ella, hoy sigue dividiendo aguas entre la revolución y el reformismo. Pero lo decisivo hoy no es dar una lucha contra el reformismo, expresado en estos términos, sino mucho más urgentemente, tratar de reunir las fuerzas revolucionarias para las cuales esta cuestión ya no se discute, a fin de poder empezar a construir la fuerza mínima para ser capaces de enfrentar la construcción de una alternativa revolucionaria. Pero a su vez paradójicamente, ese objetivo sólo es posible por medio de una política superior, que vaya más allá del estrecho círculo —aún no perfilado— del socialismo revolucionario, y que sea capaz de abarcar una realidad integrada, también, por el reformismo al que es necesario batir. Este más allá, este "semper plus ultra" es precisamente el carácter más difícil y el más definitorio de la PRAXIS.

Decir que el primer paso en la unificación de los revolucionarios socialistas, es el acuerdo en un programa de Poder —entendido como un plan de gobierno revolucionario obrero y popular—, es decir muy poco: quedarse en lo obvio, reducir el problema a una cuestión vulgar, o en el peor de los casos, a una inacabable discusión bizantina. Porque hoy no estamos en condiciones de definir ese programa sino en las grandes líneas, y los objetivos más generales. Respecto a ellos el acuerdo es fácil; profundizarlos es un intento suicida. No es posible, por el momento, avanzar más en ese terreno; es imprescindible dar un rodeo por la política, por la práctica para precisar esas cuestiones y darle contenido a ese programa. Tal como es formulado por el conjunto de los marxistas —incluso muchos reformistas y populistas—, no sirven más que para una coincidencia puramente teórica, nunca para un acuerdo práctico y político real. Es necesario, sin duda, pero de ningún modo suficiente. Si se lo agita como un fetiche servirá únicamente para asustar a los niños. Ese progra-

ma, puede, tal vez fundar un círculo de estudio, pero jamás decimos qué hacer: ni a nosotros, ni mucho menos a la clase obrera. Por eso insistimos: ni la construcción del Partido, ni la Revolución Socialista, son hoy, ni pueden ser, así expresado en términos políticos, restos de unificación del proletariado argentino. Dividen aguas, pero entre grandes campos "históricos", no entre bloques políticos. Para que lleguen a hacerlo, deben tomar la forma de líneas políticas, propuestas, alternativas efectivas. Esa es la cuestión a debatir, en términos estratégicos: el programa para la *conquista* del Poder.

Recién aclarado ésto, podemos preguntarnos por el término de unidad política —y de independencia de clase—, del proletariado argentino en la actual coyuntura. No vacilamos un instante: la lucha *CONTRA LOS OBJETIVOS ESTRATEGICOS DE LA GRANBURGUESIA, Y POR UNA DEMOCRACIA IRRESTRICTA Y DE TRANSICION*. Mientras la burguesía "democrática", el reformismo y el populismo, luchan por el derrocamiento del régimen dictatorial, los revolucionarios van más allá: denuncian los intereses de clases que este régimen expresa de manera particular, pero no única, y ubican al enemigo principal en la granburguesía imperialista hegemónica (y su proyecto total). Mientras los sectores más o menos "democráticos" de la burguesía argentina, los populistas y los reformistas en general, defienden como la "democracia", el objetivo de la lucha obrera y popular, los revolucionarios insistimos en el carácter inestable y transicional de esa democracia por la que luchan las masas en la actual situación argentina: una democracia que profundice la crisis del sistema, creando a su vez el nuevo orden proletario. Ya en la actual fase histórica, no hay etapa democrática que pueda ofrecer al pueblo ninguna reivindicación efectiva; el capitalismo dependiente argentino no cuenta, ya, con ninguna perspectiva expansiva real: su crisis es crónica y estructural, al grado que si la clase obrera no consigue producir el cambio radical por el que lucha, y que es la única capaz de producir, no le espera más que una larga noche de miseria y terror.

Es posible que esta posición no satisfaga a la tradicional "proyectomanía" izquierdista, que no se siente conforme hasta no ver expresado en consignas las diferencias con los programas de la burguesía. Pero aquí lo que se discute son líneas, algo más que programas. Hoy el programa democrático de la clase obrera difiere en cuestiones decisivas, pero coyunturales, de los programas de las otras clases: exige elecciones inmediatas y sin restricciones, la totalidad de los derechos y libertades, la libertad de todos los presos políticos y el castigo de los culpables, la decisión en la organización sindical, la exclusión de las FF.AA. Estas diferencias POLITICAS, ya de por sí son suficientemente categóricas e inequívocas como para cifrar en ellas la reconstrucción de la organización y lucha de la clase, al frente de las masas populares. Pero, ciertamente, la organización de la avanzada obrera revolucionaria necesita, aún, ir más allá en la profundización de esta política. Quizás no sea posible definir hoy —ni tampoco necesario—, esa política en un "programa de

transición" pero es cierto que la hegemonía del proletariado se edifica sobre la línea de una política consecuente para la toma del Poder. ¿Cuáles son los términos, hoy, de esa profundización de la política de masas? Resumamos sus aspectos fundamentales:

- 1o. Todas las formas de democracia directa de masas: no acatar la mediatización de las instituciones del Estado democrático-burgués, sino confiar fundamentalmente en las propias fuerzas y la movilización activa con todas las formas orgánicas que ella se de y requiera.
- 2o. Que, así como no se trata de restaurar el Estado constitucional unicamente, tampoco el objetivo sindical se reduce a reconstruir la CGT, sino a proseguir el movimiento de lucha y organización democrática y clasista. Si el primer punto reivindica la independencia del movimiento de las masas populares, este otro hace hincapié en la independencia primordial del movimiento obrero. Pero incorporando la experiencia de los organismos de clase que se perfilaron como alternativas de organización y lucha para el conjunto del pueblo. Así como no se aceptan las fronteras burguesas entre Estado y sociedad civil, tampoco deben acatarse los límites rígidos entre organización sindical y organización de masas, lucha reivindicativa y lucha política. Pero esta flexibilidad es posible, y no cae en el movimientismo espontaneísta, siempre y cuando sepa desarrollarse simultáneamente una política de organización de la vanguardia y edificación de su hegemonía.
- 3o. Desarrollar una política de configuración de un nuevo poder, simultáneamente con la destrucción del viejo (en un proceso "prolongado"). Esto supone, en uno de sus aspectos fundamentales, la ruptura del monopolio de la violencia por parte del Estado, construyendo los destacamentos de la fuerza militar del proletariado en su lucha contra la burguesía.

Esta orientación política es la que le da contenido real a la línea de resistencia, antidictatorial y democrática, de la clase obrera y las masas populares. ¿Cómo darle forma concreta, orgánica y programática? Esa es una tarea eminentemente práctica, y que depende del desarrollo de la propia lucha nacional.

Mariano Vega

A propósito de la (s) Ideología (s)

He leído con mucho interés el excelente trabajo de la compañera A.M. acerca de la categoría marxista de ideología. (Rearme, No. 1, abril 1978). Las observaciones que siguen, aún aquella en las que pueda percibirse un sesgo crítico, no pretenden en realidad otra cosa que aportar algunas reflexiones complementarias a dicho trabajo, cuyo enfoque y desarrollo me parecen esencialmente correctos.

La Cra. A.M. parte de la comprobación de dos hechos innegables: 1) La ausencia, en la obra de Marx, de una construcción acabada del concepto de ideología; 2) La insuficiencia de los enfoques y aportes de los continuadores de Marx sobre ese problema.

Como ha sucedido a menudo en la tradición marxista, esta insuficiencia es consecuencia de una lectura unilateral de tal o cual fragmento de la obra de Marx en que se alude explícitamente al problema en cuestión. (1) Para el caso, las indicaciones que figuran en la Ideología Alemana y en el Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política.

En terminos esquemáticos, de la extrapola-

ción de las tesis de la Ideología alemana deriva la tendencias a plantear la cuestión de las ideologías en términos "epistemológicos" y a postular la oposición irreductible entre la Ciencia y la Ideología en general como punto de partida para toda reflexión sobre esta última. A su vez, la lectura unilateral del Prólogo a la Contribución conduce de hecho (2), a partir de un planteo que tiene con todo el mérito de "rescatar la relación de interioridad entre la realidad material y la conciencia", a sustancializar y deshistorizar la articulación dialéctica e histórica entre el ser social y la conciencia.

Por otra parte, añadiríamos que las dos tendencias pueden coexistir más o menos pacíficamente en un mismo autor. Así, por ejemplo, si en el caso de Althusser predomina la concepción "epistemológica" de la ideología, dicho predominio no le impide recuperar y hacer suyas las indicaciones esquemáticas del Prólogo a la Contribución a la crítica de la Economía Política para construir, en base a ellas, lo que dicho autor denomina la "tópica" del todo social (como articulación de las célebres tres instancias: económi-

El Topo Blindado

ca, jurídico-política e ideológica).

Ahora bien, ¿cómo superar a esos enfoques unilaterales y replantear la problemática de las ideologías en su verdadero terreno? La cra. A.M. responde a esta pregunta poniendo en valor: 1) el concepto de *totalidad histórico-social* "el cual expresa la interioridad radical entre la conciencia y la realidad sociales", 2) la concepción de la realidad social como *proceso de totalización* "producido como instancia nueva tanto respecto de ser "dato" como de la conciencia "condicionada", y 3), en estrecha continuidad con lo anterior, la concepción de la realidad social "como praxis social, como proceso de producción de lo real en que la dialéctica objetividad-subjetividad se realiza como *programa*".

Nada me parece objetable en esa respuesta, salvo, quizás, el hecho de que en la continuación de su trabajo la cra. A.M. no desarrolla sino alusivamente las implicaciones (y por tanto la significación) de los conceptos de "totalidad histórico-social" y de "totalización", razón por la cual dichos conceptos quedan parcialmente indeterminados (digamos que hay que "interpretar" el texto de la cra. A.M. para reencontrar dichos conceptos).

Las indicaciones que formula acto seguido la cra. A.M. acerca del proceso histórico y contradictorio de constitución de la conciencia de clase, y por tanto, de la ideología revolucionaria, de la necesidad de no postular a priori (y desde el exterior) determinados "intereses de clase del proletariado" por encima del proceso de su constitución como clase y de producción de su programa consciente, me parecen irreprochables. La tesis, enunciada aunque no desarrollada, según la cual la ideología sería "uno de los ámbitos en que se juega la constitución y la realización de los proyectos de estructuración de lo real por parte de una clase", es en mi opinión, extraordinariamente fecunda.

Algo discutibles me parecen, empero, las consideraciones de la cra. A.M. acerca de la ideología y el problema del conocimiento. Expongo directamente mi punto de vista sobre el

problema: sin duda, tanto la tesis positivista que separa y opone irreductiblemente la Ciencia y la Ideología, como la tesis opuesta ("reduccionista") son irrelevantes. Pero creo también que esa irrelevancia proviene, no tanto de las "respuestas" que dichas tesis ofrecen, sino más bien del planteo mismo del problema. Oponer la Ciencia a la Ideología, tanto como reducir la una a la otra, implica de entrada aceptar como pertinente, para caracterizar a las ideologías (y también a las ciencias...) la *relación* entre ambas (oposición o equivalencia). La separación positivista entre ciencia e ideología, tanto como la tesis contraria, hacen de la pareja "ciencia - ideología" una suerte de principio de clasificación de los discursos: separación entre "discursos científicos" y "discursos ideológicos" en el primer caso; separación entre "ciencia (-ideología) proletaria" y "ciencia (-ideología) burguesa" en el segundo.

Si, en cambio, dejamos de lado a los epistemólogos, a los herederos de Lyssenko y a sus querellas escolásticas, y, siguiendo a Marx, concebimos a las ideologías como formas de existencia y de ejercicio de la lucha de clases en un dominio particular (el de los procesos sociales de producción de las significaciones sociales), la relación ciencia-ideología deja de ser pertinente como horizonte absoluto del planteo de los problemas concernientes tanto a la ciencia como a la ideología. Dicho de otro modo, un discurso científico (por ejemplo, *El Capital* de Marx), desde el momento en que funciona como arma teórica de los revolucionarios contra la burguesía es también discurso ideológico. Y, a la inversa, si cuestionamos la retórica positivista acerca de las "reglas del conocimiento científico", podemos asimismo afirmar que las formas (incluso no sistemáticas) en que se expresa la protesta y la rebeldía de los explotados (las consignas, la canción y la poesía populares (3), las voces y los rumores del taller y de la fábrica), expresan una verdad que, en todo caso, está más cerca de la ciencia, por ejemplo, que las elucubraciones "teóricas" y las encuestas "empíricas" que emiten sin cesar

El Topo Blindado

las "ciencias sociales" universitarias.

Funcionamiento ideológico de discursos científicos, funcionamiento científico de discursos ideológicos: en ambos casos, se invalida la pareja ciencia - ideología como punto de partida pertinente.

Una última indicación. Hemos caracterizado a las ideologías como formas de existencia y de ejercicio de la lucha de clases en el dominio de los procesos sociales de producción de las significaciones sociales.

Siguiendo a Marx, distinguimos el proceso *social* de producción de lo que en El Capital se denomina "proceso directo o inmediato de producción". Marx insiste sobre el hecho de que este último (el proceso directo, esto es, el proceso de transformación de una materia prima en un producto por intermedios de una fuerza de trabajo y de medios de trabajo determinados, y bajo relaciones de producción igualmente determinadas no se confunde con lo que llama "proceso social o real de producción". Este último incluye, además del proceso directo, al menos otro proceso, que contribuye a asegurar la reproducción del primero. En el caso del capitalismo ese "otro" proceso es el proceso de circulación, razón por la cual Marx afirma que el proceso social o real de producción capitalista es la *unidad* del proceso directo de producción y del proceso de circulación capitalista (4).

Creemos que lo mismo puede decirse de las ideologías. El proceso *social* de producción de las significaciones sociales incluye, además del proceso directo, al menos otros dos procesos que contribuyen a asegurar la reproducción del primero, a saber, el proceso de circulación y el de recepción o "consumo" de las significaciones sociales. Entiendo que estas indicaciones no tienen nada de misterioso: las significaciones sociales son producidas (discursos, imágenes, objetos de consumo, etc.), circulan (fundamentalmente a través de los medios de comunicación masiva, aunque no exclusivamente) y son recepcionadas o consumidas por los agentes sociales.

Todo esto para decir que, si bien con-

uerdo en parte con la afirmación de la Sra. A.M. acerca de la actual "crisis ideológica de la burguesía", cuyo programa de clase se encuentra desde hace tiempo en una situación de completo agotamiento", afirmación que yo resumiría diciendo que la burguesía es incapaz de producir a nivel ideológico nada nuevo, si bien concuerdo -repito- con esa afirmación, creo también que dicha situación de agotamiento no debe ser sobreestimada, ya que la burguesía continúa controlando de manera casi total y absoluta los *medios materiales de circulación* de las significaciones sociales (escuela, medios de comunicación masiva y, en general, el conjunto de los aparatos ideológicos) y, sobre la base de ese control, procura reducir al silencio o al menos limitar el alcance y los efectos de las formas ideológicas que cuestionan su dominación. Y eso es, al fin de cuentas, lo que, hoy por hoy, le interesa a la burguesía. Qué importa si la televisión emite insesantemente, con ligeras variaciones, la misma telenovela, el mismo programa cómico, la misma serie policial. La burguesía ha renunciado a decir algo nuevo: se contenta con reproducir la misma cantilena y, sobre todo, con asegurar que sus mensajes, iguales a sí mismos, repetitivos, sean, con todo, los únicos mensajes que circulen socialmente. Controla la circulación, y con ella el consumo de las significaciones sociales, y eso le basta, o cree bastarle, para asegurar su dominación ideológica. La crisis a nivel de la producción (del "programa") se recubre y se disimula a través del control de los medios materiales de circulación de las ideologías.

Razón por la cual habría quizás que repensar la concepción que muchos revolucionarios tienen de la lucha ideológica, a saber, lucha entre *discursos*: discursos proletarios contra discursos burgueses, discursos revolucionarios contra discursos reaccionarios (en todo caso lucha entre "ideas" justas e "ideas" falsas o injustas). La lucha ideológica es en verdad una lucha material: no sólo lucha entre enunciados sino también lucha por el control y la transformación de los medios materiales de producción circulación y consumo de las significaciones sociales.

El Topo Blindado

Aclaro nuevamente que esto no contradice lo que me parece necesario precisar que se trata para las lúcidas observaciones de la Cra. A.M. en cuanto mí de cuestiones abiertas. a los aspectos críticos sugeridos en este breve tex-

Polo Caneda.

(1) Desde luego, esta explicación es parcial, ya que esa "lectura unilateral" debe a su vez ser explicada. Y el marxismo nos enseña que las desviaciones teóricas son la expresión, y el efecto, de desviaciones políticas.

(2) De hecho, y no "de derecho", dado que, al menos con respecto a las ideologías el "Prólogo" de Marx es perfectamente claro: las ideologías son formas particulares de existencia y de ejercicio de la lucha de clases. Cf. el párrafo en que Marx distingue los cambios materiales que tienen lugar en la esfera de la producción de "las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas. en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo."

(3) A título de ilustración, me permito citar un fragmento del "Lamento de las obreras de la seda": "Sábamos de seda siempre tejaremos/ pero con ella no nos vestiremos,/ pobres y desnudas siempre estaremos/ y siempre hambre y sed padeceremos.... / Pues de la labor de nuestras manos/ sólo recibiremos para vivir/ cuatro dineros de una libra/ y eso no alcanza para tener/ suficiente carne y ropa/ Pues el que gana en la semana/ sólo veinte céntimos, no escapa a las penas/ mientras se enriquece de nuestros salarios/ aquél para quien trabajamos." Este texto data del año 1180. En él se expresan los conceptos de explotación y plusvalía.

(4) El Capital, Tomo II, FCE.